

INSVLA



SUMARIO

SARAH BOLLO: LA POESÍA DE GABRIELA MISTRAL. - ARTURO MARRASSO: EN LA TINIEBLA. - VICENTE FATONE: EL ENIGMA DE LOS DÍAS Y LAS NOCHES. - MARIA DE VILLARINO: FLORECIMIENTO. - MANUEL UGARTE: LA TERTULIA DE EMPIRÓN. - JORGE CARRERA ANDRADE: POEMAS. - RENATA DONGHI HALPERIN: EL PEREGRINO. - PABLO SCHOSTAKOVSKY: EL PAPEL SOCIAL DEL ESCRITOR RUSO. - R. D. H.: PIRANDELLO ¿CUENTISTA O DRAMATURGO? - *DE NUESTR*A TIERRA: ALBERTO M. SALAS: LA CIUDAD DE LOS TOLOMBONES. - ROMUALDO BRUGHETTI: TIERRA ARGENTINA. - *LAS OBRAS Y LOS DIAS*: NOTAS DE ROBERTO F. GIUSTI, GREGORIO HALPERÍN, ROSA PASTALOSKY, SANTIAGO LEOPOLDO KORN Y F. R.

INSVLA

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRIGIDA POR

RENATA DONGHI HALPERIN



Inscripta en Registro Nacional
de la Propiedad Intelectual
bajo los Nos. 135.414
y 171.866

SUBSCRIPCION ANUAL

ARGENTINA: \$ 3.50

OTROS PAISES: 1 DOLAR

DIRECCION Y ADMINISTRACION
SANTA FE 3114 - 6.º A
BUENOS AIRES - ARGENTINA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cursos y Conferencias

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE
DE ESTUDIOS SUPERIORES

Director:

ARTURO FRONDISZI

Suscripción anual \$ 12.—

Número suelto „ 1.50

Exterior, anual, 1 libra esterlina ó 5
dólares

Aparece el 30 de cada mes

Red. y Adm.:

CANGALLO, N.º 1372

BUENOS AIRES — ARGENTINA

Revista Hispánica Moderna

DEL HISPANIC INSTITUTE IN
THE UNITED STATES

Director:

FEDERICO DE ONIS

Suscripción anual \$ 10.—

Suscribe el Instituto de Filología de
Buenos Aires

SAN MARTIN 534

Universidad Católica Bolivariana

5 Ediciones al año de 130 a 160
páginas cada una, aproximadamente

Dirección y Administración:

Apartado de Correos Núm. 109

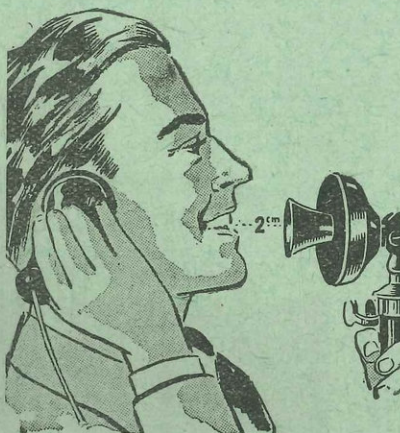
MEDELLIN

COLOMBIA

CUANDO 1 CM.

equivale

A 60 KMS.



La posición correcta para hablar por
teléfono es mantener el transmisor a
unos dos centímetros de la boca. Aumen-
tar esta distancia es atentar contra la
nitidez de la comunicación. Un centíme-
tro más que se aleje del transmisor equi-
vale a aumentar la longitud de su línea
unos 60 kilómetros.

*Ahora más que nunca
es necesaria su
colaboración.*

USE CORRECTAMENTE SU TELEFONO

UNION TELEFONICA

Libros de Reciente Aparición

Luis Bromfield — LA SEÑORA PARKINGTON. Una nueva novela que será próximamente llevada a la pantalla y que demuestra la capacidad inventiva del autor de "Llegaron las lluvias" y de "La corriente impetuosa". Un tomo de la "Colección Horizonte" \$ 5.—

Pablo Rojas Paz — EL ARPA REMENDADA. Obra de indiscutible valor literario, en la que alienta el espíritu de las más puras tradiciones vernáculas \$ 3.—

Jules Supervielle — CHOIX DE POÈMES. Como un homenaje a Francia, representada por uno de sus más excelentes poetas, se ofrece al público americano esta selección de poemas en su idioma original \$ 6.—

Mary Webb — PONZOÑA MORTAL. La notable autora de "Siete para un secreto" revela una vez más en esta novela su fascinante potencia imaginativa. Un tomo de la "Colección Horizonte", \$ 4.50

T. Harper Goodspeed — CAZADORES DE PLANTAS EN LOS ANDES. Desde el Ecuador al Sur de Chile, desde la isla de Juan Fernández hasta las alturas imponentes de los Andes, desfilan en este libro grandiosos paisajes descritos por una pluma vivaz y autorizada. Un tomo de la "Colección Ciencia y Cultura" con ilustraciones fuera del texto \$ 7.—

J. Prados Arrarte — EL CONTROL DE CAMBIOS. (Parte Iª. de "El Intervencimiento de Estado en la Argentina"). Estudio de uno de los problemas de Estado más apasionante del momento actual. Un volumen de la "Biblioteca de Orientación Económica", encuadernado en tela \$ 12.—

O. E. Rolvaag — GIGANTES EN LA TIERRA. Obra que describe con mano maestra la epopeya de la creación de un

nuevo mundo, intenso drama de quienes, desarraigándose de su suelo nativo, van a poblar las vastas extensiones del joven continente, dando nacimiento a una nueva patria, "Colección Horizonte" (2 tomos) \$ 8.—

Katharine Anthony — CATALINA LA GRANDE. El interés principal de esta biografía reside en que los materiales son de fuente directa; las memorias y cartas de la propia Catalina de Rusia. Un volumen encuadernado en tela, \$ 8.—

A. S. Eddington — LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA FÍSICA. Obra en la que el físico, el matemático y el filósofo encontrarán una versión actual de los problemas tratados en ella y el profano hallará el medio de asomarse al mundo lleno de misterio y oscuridad de la magia científica. Un volumen de la "Colección Ciencia y Cultura" \$ 4.—

Harold G. Moulton — LA ORGANIZACIÓN FINANCIERA Y EL SISTEMA ECONÓMICO. Escrita con criterio didáctico, esta importante obra expone con claridad y precisión la organización financiera de las grandes empresas y el complicado engranaje de la moderna sociedad capitalista. Un tomo de la "Biblioteca de Orientación Económica" de más de setecientas páginas, encuadernado en tela \$ 16.—

Marcos Victoria — VARIACIONES SOBRE LO SENTIMENTAL. Libro de ensayos en los que, como en: "La deliciosa Bettina Brentano", fructifica magníficamente la fina cultura y el espíritu de poeta de su autor \$ 3.—

Julio A. Mulvany — CRIANZA RACIONAL DE ABEJAS. Un nuevo tomo de la Enciclopedia Agropecuaria Argentina, que es práctico manual para quienes desean dedicarse a esta lucrativa industria. Con numerosas ilustraciones, \$ 2.50

De venta en las buenas Librerías y en la Editorial Sudamericana

AL SINA 500

BUENOS AIRES

NOVEDADES

EL MEJOR LIBRO DEL MES ELEGIDO POR EL CLUB DEL LIBRO:

INTRODUCCION AL TEATRO DE SOFOCLES, por *María Rosa Lida* \$ 5.—

Un importante estudio crítico sobre el gran poeta trágico y sus principales obras.

EL PENSAMIENTO VIVO DE SENECA, por *María Zambrano* ... " 3.—

La filosofía de Séneca tiene un valor permanente como se demuestra en el estudio que antecede a la selección de sus mejores páginas.

ETERNIDADES, por *Juan Ramón Jiménez* " 1.50

Agotado hace muchos años esta reedición de ETERNIDADES muestra nuevos valores de la poesía juanramoniana.

LOS CUADERNOS DE MALTE LAURIDS BRIGGE, por *Rainer Maria Rilke* " 4.—

Segunda edición del libro capital y más famoso de Rilke.

ANTES QUE MUERAN, por *Norah Lange* " 4.—

La autora de CUADERNOS DE INFANCIA traza nuevas evocaciones y relatos de tanta belleza poemática como agudeza psicológica.

VOLCANES Y TERREMOTOS, por *Horacio J. Harrington* " 6.—

Trata de sus orígenes y naturaleza, incluyendo la erupción del Paracutín y el terremoto de San Juan.

EL OCEANO, por *Sir John Murray* " 5.—

Revelaciones asombrosas de la moderna oceanología animal y vegetal.

EL PENSAMIENTO VIVO DE RODO, por *Emilio Oribe* " 3.—

Las mejores páginas del autor de Ariel precedidas de un importante estudio crítico.

AMERICA, TIERRA FIRME, por *Germán Arciniegas* " 2.—

El autor de LOS ALEMANES EN LA CONQUISTA DE AMERICA traza un panorama sociológico de este continente.

PEDRO FIGARI, por *Giselda Zani* " 3.—

Primera monografía popular del gran pintor uruguayo en cuyos cuadros revive el pasado de América.

BODAS DE SANGRE, por *Federico García Lorca* " 1.50

La obra maestra, en el género trágico, del gran poeta español.

LA ESCUELA Y LA PSICOLOGIA, por *E. Claparède* " 3.50

Obra en que se sintetizan las ideas pedagógicas del gran psicólogo suizo. Estudio preliminar de Lorenzo Luzuriaga.

EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO, por *Benito Pérez Galdós* ... " 8.—

La caída de Godoy, favorito dictatorial de Carlos IV, y el heroico levantamiento del pueblo de Madrid contra la invasión napoleónica. Edición ilustrada por Galdós y otros dibujantes de la época.

JUAN RAMON JIMENEZ EN SU OBRA, por *Enrique Díez-Canedo* " 3.50

Obra póstuma del gran crítico español que constituye el primer estudio completo sobre el autor de *Platero y Yo*.

POEMAS DE LAS ISLAS INVITADAS, por *Manuel Altolaguirre* ... " 4.50

Conjunto lírico de uno de los más representativos poetas jóvenes de España.

CANCIONERO DE UPSALA. Introducción de *Rafael Mitjana* " 25.—

La primera edición de esta obra fué hecha en Venecia en 1556. La transcripción actual ha sido hecha en notación moderna por Jesús Bal y Gay conteniendo además un estudio sobre el villancico polifónico por Isabel Pope.

EDITORIAL LOSADA, S. A.

ALSINA 1131 - BUENOS AIRES

MITRE 991 - ROSARIO

(República Argentina)

COLONIA 1060 - MONTEVIDEO

Av. O'HIGGINS 253 - Sgo. DE CHILE

(R. O. del Uruguay)

(Chile)

Lavarropas Eléctricos

SIAM

"SELLO DE ORO"

TALLERES GRAFICOS
PORTER Hnos.



LIBROS
REVISTAS
CATALOGOS

Estados Unidos 1864 - 66 + U. T. 23 - 4219

•
todo referente
a impresiones



INSVLA

Revista de Cultura



Los estudiosos más capacitados, los ensayistas más prestigiosos colaboran en INSVLA. Sus columnas se abren, sin embargo, al valor nuevo y al reconocido con la misma cordialidad.

Adhiera a esta obra de cultura, suscribiéndose.



24 HORAS DIARIAS!

Sin detenerse un solo segundo, nuestra vasta organización, con máquinas y equipos complejos controlados por técnicos especializados, permanece día y noche atenta a las órdenes de Ud.; y a un simple movimiento de su mano — al accionar la llave de electricidad —, le suministra inmediatamente la energía eléctrica necesaria para sus lámparas, cocina, heladera, plancha y demás aparatos auxiliares de la moderna dueña de casa.

De ese modo el servicio eléctrico lleva al hogar de Ud. más comodidad, economía e higiene.



COMPAÑÍA ARGENTINA DE ELECTRICIDAD S. A.

INSVLA

PUBLICACIONES RECIBIDAS

EDITORIAL LOSADA:

- Luis Reissig*: Anatole France, 1944.
Luigi Prandelio: Cada cual a su juego. - La vida que te di. 1944.
Emilio Oribe; Rodó. Colec. del pensamiento vivo. 1944.

EDITORIAL ESPASA-CALPE:

(Colección Austral)

- Eugenio d'Ors*: El valle de Josafat. 1944.
W. Shakespeare: Las alegres comadres de Windsor y La Comedia de las equivocaciones. 1944.
Azorin: Blanco en azul. 1944.
Amado Nervo: Perlas negras. Místicas. 1944.
 Las florecillas de San Francisco. 1944.
Augusto Mario Delfino: Fin de siglo. 1944.

EDITORIAL AMERICALEE:

- María José Dupré*: Eramos seis, (novela). 1944.
Rudolf Rocker: El pensamiento liberal en los Estados Unidos. 1944.
Dr. R. D. Gillespe: Efectos psicológicos de la guerra en los civiles y en los militares. 1944.

Bernhard J. Stern: Los progresos de la sociedad y de la medicina. 1944.

EDITORIAL IMAN:

Benedetto Croce: Shakespeare. 1944.

EDITORIAL ATENEO:

Fryda Schultz de Mantovani: El mundo poético infantil. 1944.

EDITORIAL M. F.:

Leda Valladares: Se llaman llanto o abismo. Tucumán, 1944.

EDITORIAL TIEMPO NUEVOS:

Rev. Padre Pierre Charles (S. J.): El Evangelio del amor. 1944.

EDICION DEL AUTOR:

Enrique Benítez de Aldama: Varsovia en llamas. Prólogo de Gustavo Franceschi. 1944.

PUBLICACION DEL MINISTERIO DE EDUCACION Y DIRECCION DE CULTURA:

Carlos Manuel de Céspedes: De Bayamos a San Lorenzo. Cuba, 1944.

EDITORIAL LA CARPA:

Juan H. Figueroa: Horacio Ponce. Tucumán, 1944.

EDICION DEL AUTOR:

Reginaldo Martín Zorrilla: Otra vez en el mar. 1944.

PUBLICACIONES PERIODICAS

Correo Literario. — Periódico quincenal. S.A.D.E. — Boletín de la Sociedad de Escritores. Julio 1944.

Puntos de Vista. — N.º 7. Ofic. de Coop. Intelec. Un. Pan. Washington. *En Guardia*. — Revista política, año 3, N.º 10.

Noticioso Checoeslovaco. — Año 3, N.º 10.

Correo de la Oficina de Cooperación Intelectual. — Washington, N.º 29, 1944.

Italia Libre. — Suplemento en castellano. Semanal.

Porvenir. — Revista mensual ilustrada. Agosto, 1944.

Revista Cubana. — Publ. del Min. de Ed. Dir. de Cult. La Habana. Cuba. Abril-Diciembre 1943.

Revista de la Universidad de Buenos Aires. — 3a. época, año 2, N.º 2.

Boletín de la Asociación del Prof. Sec. y Prep. del Uruguay. — N.º 13. Septiembre 1944, Montevideo.

Nueva Argentina. — Periódico. Septiembre 1944.

Cristal. — Revista literaria mensual. Córdoba.

Sur. — Revista mensual de cultura.

Amanecer. — Revista estudiantil, Nos. 2 y 3.

Revista de la Universidad Católica Bolivariana. — Medellín, Colombia, Febrero-Marzo 1944.

Boletín Sección Pedagógica. — Dirección Secundaria. Diciembre 1943. Santiago de Chile.

Domani. — Revista trimestral en italiano.

Revista Hispánica Moderna. — Año IX. Julio 1943, Nueva York.

Ars. — Revista de todas las artes, año 2, N.º 23-4.

INSVLA



SUMARIO

SARAH BOLLO: LA POESÍA DE GABRIELA MISTRAL. - ARTURO MARRASSO: EN LA TINIEBLA. - VICENTE FATONE: EL ENIGMA DE LOS DÍAS Y LAS NOCHES. - MARIA DE VILLARINO: FLORECIMIENTO. - MANUEL UGARTE: LA TERTULIA DE EMPIRÓN. - JORGE CARRERA ANDRADE: POEMAS. - RENATA DONGHI HALPERIN: EL PEREGRINO. - PABLO SCHOSTAKOVSKY: EL PAPEL SOCIAL DEL ESCRITOR RUSO. - R. D. H.: PIRANDELLO ¿CUENTISTA O DRAMATURGO? - *DE NUESTRA TIERRA*: ALBERTO M. SALAS: LA CIUDAD DE LOS TOLOMBONES. - ROMUALDO BRUGHETTI: TIERRA ARGENTINA. - *LAS OBRAS Y LOS DIAS*: NOTAS DE ROBERTO F. GIUSTI, GREGORIO HALPERÍN, ROSA PASTALOSKY, SANTIAGO LEOPOLDO KORN Y F. R.

Es propiedad ♦ Derechos reservados

PORTER Hnos. ♦ Impresores ♦ Estados Unidos 1864 - 66

LA POESIA DE GABRIELA MISTRAL

LA poesía de Gabriela Mistral está hondamente unida a la historia de su alma. Pocas veces se podrá atribuir con mayor acierto el carácter de confesión a una obra poética que a la de esta ilustre poetisa chilena en la cual se oye el ritmo de un corazón en cada verso y en la sonoridad dolorosa o profunda de cada vocablo. La afirmación del carácter confidencial de la obra, de Goethe, toma aquí íntima transcendencia, puesto que la sustancia anímica de esta alma se refleja con clarísimo fulgor en su poesía que se colora de sangre, de lágrimas, de sueños, según momentos y cercanía con que se expresó su canto. Mas, debo aclarar que cada vez el acento poético de Gabriela se alza más señeramente liberándose de la anécdota, purificando el pathos en esencias, destituyendo al sentimiento de su primitivo y realzado sitial para ceder paso a la meditación y al ensueño. Su tránsito se cumple desde un modernismo, intensamente coloreado de acentos románticos, en "Desolación", hasta una modernidad hondamente original en que se vislumbran rasgos simbolistas y superrealistas, en "Tala", siempre y en todo momento, humana, desgarrada, noble, transfigurada de espiritualidad y admirable en su vuelo lírico.

"Desolación", publicada hacia 1923 por el Instituto de las Españas, es la primera obra de esta ya famosa poetisa americana. Sus primeros poemas, "Los Sonetos de la Muerte", están fechados en 1914 y fueron premiados en un concurso cuando Gabriela, que todavía se llamaba Lucila Godoy, tenía veinte y cinco años. La temática de "Desolación" sugiere el cuño predominantemente romántico de su modernismo; amor, muerte, naturaleza y problemas sociales de raza, de religión, de relación humana.

Ya en ella, con un anticipo extraordinario y genial de la tragedia contemporánea, se escucha la encendida defensa de la desdichada raza hebrea, martirizada y perseguida injustamente, para oprobio de los propios perseguidores ("Al pueblo Hebreo"). También a causa de su sincero y profundo cristianismo aparecen ya protestas airadas y coléricas plegarias contra indiferencia, hipocresía y fariseísmo. ("Al oído de Cristo", "Canto del Justo", "A la Virgen de la Colina"). Y con trazos de fuego el grito íntimo de rebeldía y de dolor, de nostalgia y de pasión con que acusa, en valeroso ademán, la miseria del destino humano, el destino femenino sobre todo. ("La mujer fuerte", "La mujer estéril", "El niño solo", "La maestra rural", "Poema del hijo", "Poemas de la madre más triste").

La voz purificada y encendida ahonda y limpia su raudal de música original y fuerte para cantar las bellezas de la naturaleza. Elogia la noche, la lluvia, los ríos, las nubes, la montaña, la estrella, y repetidamente vuelve sus ojos a los árboles, los cuales en cada forma nueva parecen atraerla y hablar secretamente a su alma que interpreta los signos; espinos, encinas, álamos, pinares, el árbol en sí, símbolos de vida, de misterio, de belleza, reciben del poeta alabanzas reiteradas y entusiastas. Su amor a la naturaleza americana le hace hallar en ella motivos y símbolos para elogiar con su canción. Me contaba Gabriela que en su valle de Elqui, en sus infancias, amaba tanto las montañas que se refugiaba en el huerto de su casa para modelar en barro figuras y actitudes que ella creía contemplar en las piedras y en las laderas; y así primeramente creyó sentir una vocación artística plástica. Siendo niña como de diez años y habiendo sido situada en el salón de clase de la escuela al lado de la ventana, se distraía en observar el vuelo de los pájaros, el color de los follajes, el movimiento de los animales, la solemnidad de la cordillera.

Esto tuvo como consecuencia que la maestra, parienta y madrina suya, le confesara a la madre que era tiempo perdido el querer enseñarle nada y que sería mejor retirarla de la escuela. Así fué que, por falsa interpretación de su precoz sentimiento estético, la niña se salvó de ver destruida su originalidad, su gracia y su frescura, por una maestra ignorante. En su poesía, América existe con presencia avasallante, con aroma encendido y pasión sincera. Chile, Perú, Méjico, Centro América reciben su salutación, su elogio, su amoroso cántico.

El poderoso hechizo de la tierra americana envuelve aún más su alma en Tala y canta la belleza de la cordillera, la ardencia de sus soles tropicales, las dunas consteladas de gaviotas de sal, las cascadas y los ríos de aguas puras y el aire volitijante de los llanos. Un aroma de tierra mojada se exhala de sus libros, y en la "Notas a Tala" la poetisa expresa el deseo de que aparezca una gran voz poética heroica "que cante con himnos los cerros y los soles, peana y nimbo de la Walkiria terrestre que se llama América".

En cuanto a su expresión amorosa es ya lugar común de la crítica americana señalar el rasgo propio y original de su espiritualidad y de su castidad, en medio del coro de voces poéticas femeninas que hacen gala de impudor y atrevida osadía. Esta, que canta por inspiración incontrastable, que no busca adornarse con sus poemas sino apaciguar el corazón sofocado por la música y el intelecto rico de imágenes, canta como para sí misma y no para oído de varón que la valore; de ahí pureza y fuerza al mismo tiempo, osadía y contención, femineidad y humanidad. Otras, menos sinceras, han manchado sus cantos con intencionadas confidencias lúbricas, desprovistas de belleza, adversarias así de la esencia del arte.

El tema de amor en Gabriela se refugia y encierra acentos dolorosos. En "Desolación" la parte del libro dedicada a cantarlo tiene por título "Dolor".

El poeta plasma su expresión amorosa bajo símbolos de separación, despedida, desencuentro, ausencia, desamor; los acentos más puros y más elevados de su estro corresponden a la melancolía de un amor fracasado y a la queja del amor desgarrado por la muerte. Esa misma lejanía y desencuentro ayudan a que su efusividad sea animadora de imágenes puras y melancólicas, pero indudablemente no la obligan a ello. ("El Encuentro", "Balada", "Nocturno").

Entre las figuras amorosas elige a Solveig, la amada de Peer Gynt, para cantarla como símbolo de amor eterno. Esta misma preferencia da el matiz exquisito y sensible de su alma.

Hay en esta mujer de la campaña, en esta dulce y a veces colérica campesina, las tradicionales virtudes de la mujer española sin la corruptora seducción del aliento ciudadano.

Porque su sentimiento de amor se enfrentó precozmente con la muerte, ésta tiene presencia frecuente en sus sueños y en su vida.

La Muerte, para cada poeta, tiene semblante distinto, desde la serena muerte de Nervo hasta la espantable muerte de Darío, desde la tan deseada de Teresa de Jesús o de Novalis o de Fray Luis de León hasta la rechazada de Anacreonte y la siempre presente de Quevedo y de Garcilaso. La de Gabriela es la muerte trágica y sangrienta, contemplada en alguno y vuelta a contemplar en días de este mismo año, la ladrona que llamada por el arrebatado, arrebató al poeta la criatura amada o amorosa. Muerte que triza sienes como vasos sutiles, enhebra en el canto del poeta lamentos y quejas, imprecaciones y llantos. Muerte revestida de rojas túnicas de sangre, imágenes de Poe darían bien su desoladora, sorpresiva y gesticulante realidad.

Y bien. Aparecida su obra "Desolación" en época ya sazónada y declinante del Modernismo, importa señalar cuáles de las características del movimiento están bien definidas y acusadas en ésta.

Dijimos ya notar mayor ahincamiento de perfiles románticos en ella: exacerbación del sentimiento, fatalismo, amor unido a la muerte, subjetividad, alusiones hebraicas, desdén de la forma. Hay también en este mayor acercamiento al Romanticismo, gran parentesco con otro ilustre poeta americano quien, cual ella, se refugia en la calidez romántica, huyendo de la parnasiana impassibilidad del Rubén de "Prosas Profanas": Amado Nervo. El más dulce poeta de América, aquel de pecho de paloma, como dijera Gabriela, comparte con esta su gran admiradora y amiga, varias características: raíz bíblica, desaliño consciente y fuerte, sinceridad desgarrada, cristianismo profundo, ausencia mayor o menor de exotismo, honda personalidad moral, agudo problematismo transcendente mezclado a insinuaciones búdicas, más fuerte en Nervo que en Gabriela. He aquí muchos parecidos y sin embargo ¡cuántas diferencias! Esas serán objeto de otro estudio.

De estas características últimas, interesa hondamente la personalidad moral de Gabriela. Bien dice Benedetto Croce que la poesía no es posible sin personalidad moral en el artista y que el fundamento de toda poesía es la conciencia moral. Para que exista un poeta que merezca este nombre es necesario en él una estructuración ideal del mundo, una armonización de los problemas. Tal es el espectáculo del alma y de la vida de Gabriela: jerarquización, ahondamiento de las ideas y su expresión al hacerse éstas sentimiento, confundidas

ya con la entraña misma del alma. Vibra en este poeta con vehemencia y brillantez el pensamiento de bien y mal, fealdad y hermosura, grandeza y bajeza. Se conmueve su alma a los dictados de la ejemplaridad y muchas veces combate con encendido brío los falsos conceptos de la justicia, de la moral y del derecho.

Con generoso y arrebatado impulso, elogia las más altas virtudes de la raza y lucha valerosamente con prejuicios y falsos sentimientos. Mas no quisiera yo se interpretara que atribuyo a Gabriela actitud consciente de prédica; no tal, pues esto mataría la poesía, sino que indirectamente, dirigido su espíritu hacia lo estético, esta categoría siempre se identifica en ella con el Bien. ¡Supremo privilegio de su alma! ¡Incomparable grandeza! "La reconoceréis por la nobleza que despierta", dice Pedro Prado. Y así es; a su paso se siente la presencia visible y real de un alma auténtica. Esta medular firmeza y esta transparencia moral la llevan a actitudes propias frente a problemas transcendentales. Martirizaría ella la esencia de su pensamiento moral, filosófico, teológico, de tener que encerrarlos en preceptos fijos.

Un sincero cristianismo la inspira, la envuelve y la eleva, religiosidad combatiente, áspera, fuerte, con el acento denunciador y cálido de Dante cuando, en el más grande de los poemas medievales profundamente nutrido de esencias teológicas y filosóficas, en nombre de esos mismos credos cuya pureza vigila celosa y rendidamente, fustiga con ira santa a monarcas y pontífices, a clérigos y príncipes por amor al patrimonio de Cristo y de Pedro. Se da en Gabriela la extraordinaria coincidencia de ser ella, como el florentino, una psicología de contrastes y oposiciones, dulcísima y colérica, tierna y airada, piadosa y cruel, maestra de suspiros y dominadora de gritos e impresiones.

Su religiosidad en ocasiones amalgama osadamente ideas cristianas y budistas y el dogma de la metempsicosis surge en ella por extraño camino, tal como apareciera también en "El Estanque de los Lotos" de Nervo, dando el único fulgor de exotismo a su personalidad, pues es su obra tan eminentemente americana. Esta idea la atormenta y como un muro de extraordinaria pujanza, se levanta entre Cristo y ella impidiendo su íntegra accesión a la idea cristiana, alejamiento

que aflige su ánimo con nostalgias y melancolías. Sería interesante estudiar cómo este concepto asiático incide en su pensamiento y resolver cuál de las tres rutas puede ser la recorrida antes de avasallar el espíritu de Gabriela; si la directa lectura de doctrinas budistas; si el acercamiento a textos griegos o latinos, ya que Platón, Píndaro, Cicerón y Virgilio, por citar los más ilustres, compartieron esa idea; o si se impregna en ella a través de los parnasianos leyendo a su corifeo Leconte de Lisle en los "Poemas Antiguos". Esta última hipótesis quizás sea la más segura.

Su raíz bíblica le da matiz original entre los poetas modernistas y permanece en ella como estado espiritual que sostiene la unidad de su obra: en "Desolación" y en "Tala" con igual grandeza y hermosura se gustan alusiones, imágenes y actitudes de las admirables heroínas hebreas. Gabriela ama aquellas recias almas templadas en el sacrificio, deslumbradas por Jehová, aureoladas del fulgor del heroísmo. Ella muy especialmente ha confesado la influencia poderosa de la Biblia sobre su espíritu. A veces sus acentos son terribles y desgarradores como la acusación de los profetas; pero su preferencia se complace en las heroínas, en esas figuras de las viejas madres como la Macabea, Ana, Isabel, Lía y Raquel, de las mujeres sencillas como Ruth, de las que amaron como Magdalena, de las infortunadas como Agar.

Si pasamos a *Tala*, subyuga en él su gran modernidad, fundamentada su poesía con fuerza genial en el espíritu de América y estructurada su inspiración en una entalladura frecuentemente onírica, de ensueños y alucinaciones que cobran maravillosa belleza. Este trasfondo superrealista presta profundidad a los cantos, en que su psicología maravillosamente pura, fuerte y fresca, se complica transitando las galerías del sueño donde hasta el alma de los niños se atribula y se pierde. Brota la confesión hurtándose a la vigilancia de la conciencia y plasma escenas irreales, vagas, soñadas, con matices y fulgores melancólicos y exquisitos, de tremendas dulzuras y de profundísimos trasmundos, escapados en himnos de nostalgia ardiente y áspera donde la imagen de la madre la obsede ("La fuga", "Lápida filial", "Locas letanías"). Recuerdo alucinante alimentado de sedes de ternura se le vuelve comarca visitada frecuentemente en incursiones misteriosas e imposible; vivir para adentro, consigo mis-

mpo, como diría Fray Luis, con lo más suyo de lo suyo, en aquellos infranqueables reinos donde la soledad embelesa y aflige. En esos versos su alma tiene la iridiscencia milagrosa y sagrada de Ulalume de Poe; el misterio vela los ambientes con luces opalinas como en un cielo sereno sobre un prado en el instante inmediatamente anterior a la nevada. El acontecer se confunde con el ser sin poderse divisar cuándo termina o empieza cada uno: el más allá incide inesperadamente en el tiempo. Misterio, música, presencias y apariciones sagradas, el poeta y su alma en "Ulalume", él y su madre en "La Fuga", dan con definitiva belleza la luz de una experiencia espiritual, soñada, pero vivida con más imperiosa verdad, con más concentrada fuerza, que las mismas escenas de la vida.

Porque gran verdad es la afirmación de Rilke de que la poesía es experiencia y no únicamente sentimiento; recordad aquella genial página de los cuadernos de Laurids Malte Ridge. Y en la poesía fantástica la experiencia real se trasmuta, se aplica sobre el lienzo de los sueños imprimiendo sus relieves, se vuelca en surcos oscuros y encendidos que tendrán luego el temblor de la entraña misma con sus poderosos e indefinibles avisos. Y así sucederá en ciertos temperamentos geniales, lo vivido parecerá sueño y lo soñado, sufrido; como en Dante "La Vida Nueva" parece fantasía y "La Divina Comedia" un atormentado o gozoso viaje sucedido. Así, en Gabriela, sus alucinaciones, recogiendo el tesoro de penas, nostalgias, presentimientos, están formadas con lo más abismal y entrañable de su vida, con su sangre misma vuelta canto y música e imagen, con su carne aligerada de ensueños y adivinaciones.

Esa misma taumaturga que le permite hacer real y tocado y sentido lo soñado, tiene su reverso: el hacer espiritual y volada e inasible la vida. Tenéis en *Tala* "Materias" que os puede ser prueba. Pan, sal, agua, aire, parecen allí finas criaturas de canción y de ensueño. Le halla al pan "forma de sol, de pez o halo"; llama a la sal "gaviota viva de ala fresca" y dice que tiene "cuenco de blancura"; para ella el aire "gira redondo en un niño desnudo y voltigeante", y le parece él "un albatros gigante". Materias todas que parecen alas en el instante de echar a volar, nimbos encendidos; materias que tienen "silencios humanos"; "miradas enjutas y blancas", que escuchan, esperan, acarician, aman. Materias que tan espiritualizadas restan que

obligan a cantar y levantar el corazón y aunque las habíamos visto siempre, las vemos y sentimos ahora por vez primera. ¡Oh prodigiosa fuerza de la fantasía! ¡Valor creativo del ensueño! ¡Poder de la experiencia construyendo sueños y de los sueños creando realidad! (El Aire).

Tala perfecciona en todos los aspectos la obra de Gabriela. Aunque ya en "Desolación" hallamos poemas de gran perfección formal, muchas veces la poetisa se complacía en el desdén gracioso de la forma. Pero ahora en algunos poemas consigue y busca perfección en brevedad, hondura y acabamiento. Recordemos: "Riqueza", "Dos ángeles", "La rosa". Su lengua muy rica alcanza inflexiones finísimas y profundas, giros inusitados, hallazgos idiomáticos, arcaísmos felices. Su casticismo ella lo explica por su vida provinciana, como explicó el gran Sarmiento muchas veces riquísimas salvadas por él del olvido, por su infancia y adolescencia lejos de la ciudad metropolitana, grande y terrible corruptora del habla como del alma.

Todavía algunas páginas de *Tala* continúan aquel acento doloroso y apasionado de "El encuentro", "Balada" y "Nocturno" en *Desolación*; son los cinco *Nocturnos*: de la "Consumación", de la "Derrota", de los "Tejedores Viejos", de "José Asunción", del "Descendimiento". Pero ya aquí no surge su nostalgia y su dolor de la fibra amorosa ni hay anécdota que ate el canto a un señalado acontecer. Ahora su angustia, más abstracta, más metafísica, se hace de todos y mana de lo más noble de su alma en duelo espiritual de aflicción por los seres humanos, sin asidero individual ni egotismo. Un proceso eminentemente universalista cierne su propio sentimiento sobre el haz de su frente abatida, y aunque su corazón todavía llora y sangra, ahora es por el mundo, por la raza, por el común linaje humano, frente al espanto de la guerra y al eclipse general de las virtudes y de la generosidad. ("Nocturno de la Consumación". N. del Descendim.).

También su fibra maternal que antes apareció precozmente en "Ternura" y que tan deliciosos acentos prestó a su antiguo canto, tiernamente emocionado, ahora vuelve a vibrar balbuceando las encantadoras "Canciones de Cuna", de sople entrecortado, de gracia riquísima, de fragilísimo y apenas acariciante ritmo. ("Sueño grande"). ¿Quién dijera que esta mujer deslumbrada de ternura y llena

de caricias es aquella misma, fuerte, tremenda, trágica? ¿Cuántas almas tiene esta mujer que así se nos esconde o se nos aparece en todos los caminos?

Hay en *Tala* un poema de luz misteriosa y hechizante belleza que esconde secretamente la razón que la poetisa quiso ver en su propio destino y con velado pero celeste designio en su aventura con la poesía, y que se llama "La flor del Aire". Un emocionante recuerdo me une a ese poema. Gabriela lo leyó en Montevideo antes que su libro se publicara en Buenos Aires y solicitó del público, formado por algunos escritores y artistas, una interpretación. Callaron los más, quizás arrobados por la hermosura del poema. Yo me atreví a ensayar, con adquiescencia de la autora, con inconsciente atrevimiento, una explicación:

Habla allí de la Poesía o quizás más exactamente de la Belleza. Cuando alguien, que pueda divisarla en medio de las formas y materias múltiples como fulgor y prodigio de la Naturaleza, se cruza con ella, el mandato se deja oír secretamente en la entraña y el alma aludida busca la concreción de la nueva idealidad con lo más auténtico y puro de su existencia y de su vida. Gabriela quiere seguramente derramar luz sobre las etapas sucesivas, no siempre así señaladas, de la experiencia estética y sobre todo de su propio suceder poético. Flores blancas en la montaña quieren significar acaso las dulces poesías de la adolescencia, llenas de candor, nieve y de idealidad, altura. Flores rojas aluden quizás al canto amoroso a la hora de la pasión, encendida y vibrante, demencia, conseguidas con padecimientos, las peñas. Flores amarillas simbolizan sus ansiedades místicas, color de sol y azafrán, oro, incorruptibilidad, recién nacidas y ya eternas, por ser prodigio del alma, privilegio celeste. Flores sin color, recuerdo de Leonora y Ligeia, color del sueño, son indudablemente sus ensueños, cortados en el aire, su fantasía, yéndose la Poesía como sonámbula y siguiéndola el artista sin tregua, una delante sin cara y sin huella, la otra detrás entre la niebla, hasta el límite donde sólo la muerte puede detener sin detener, porque terminada la vida del poeta su canción sigue vibrando eternamente.

Este tema, uno de los más entrañables e inexpressables en la creación estética, tiene en Gabriela sin par belleza y luz eminentemente pura y cristalina. Pocas veces un artista explicó tan elevada-

mente, con símbolos tan puros, con escenas tan gloriosas y bellas, el combate, ignorado por los más, del alma frente a la adecuación de forma y materia. El movimiento de las figuras, enmarcadas en un puro acontecer lírico, nos da la riquísima experiencia y la rítmica sensación vital del tiempo. Todas las vividas emociones de la gesta están aquí exprimidas, como jugo profundo y perfume sutilísimo. El aire tiembla maravillado, ya conmovido, ya sereno, entre los giros y el alentar de estas presencias. Una luz celeste gobierna los espacios definitivamente fecundos. Un secreto proceso de desdoblamiento, como frecuentemente gozamos en el Antonio Machado de Galerías, nos hace sentir pluralidades, exquisitamente sutiles, de la unidad anímica. Esa, "gobernadora del que pasa, del que le hable, y que la vea", tan pronto es la belleza como la Poesía, tan pronto es la inspiración o el genio, criatura inasible y sin forma que mora en el alma misma del poeta, y que no es él, estando consustanciado con él, sin tregua ni espera. Así Gabriela poetiza su aventura con la Poesía, su sagrada alianza con la Belleza, de la cual no podrá separarse ni aún en el límite, porque está predestinada a la inmortalidad.

SARAH BOLLO.

Montevideo, 1943.

E N L A T I N I E B L A

INSOMNES buscan solos un camino en la noche;
con las silbantes alas, temblorosas de lluvia,
lleva, afuera, la ráfaga los enjambres de hojas
mordidas de tinieblas; aquí, en la luz, un sitio.

Sobre el turbión de nubes inclina su eje el cielo;
ciego, el álgido soplo combate en densas sombras;
muro, albergue salvado donde el querer arraiga
y se esparce el olvido, sin falsa paz, conforme.

Duerme en los huecos troncos la colmena; en los antros
la alimaña, le brinda calor la tierra oscura;
en otoñal despojo tiembla aterida el ave,
allá, en el mar, el mástil no ve lucir los fuegos.

Mana, de adentro, henchida la extensión, se remansa;
el paso audaz podría vagar en torbellino
de hojas y de lluvia; darse a un genio errabundo
entre las libres fuerzas de tempestad nocturna.

Tibio reposo, el firme techo paterno; en vano
la creciente borrasca se estrella en largo vórtice,
aquí, donde en la infancia, dormí en espacio puro;
callado el viento, tácita descendía la nieve.

La huyente vida, amigos, nos ofrece un refugio,
el puerto de un instante y un signo de promesa;
si nuestra mano pudo ser bálsamo o ser guía,
cuán dulcemente llegan la hora final o el sueño.

ARTURO MARASSO.

EL ENIGMA DE LOS DIAS Y LAS NOCHES

LA historia de la filosofía occidental se abre con un oscuro capítulo donde aparecen los nombres de siete sabios a quienes se les atribuyen sentencias como éstas: "Lo más difícil es conocerse a sí mismo"; "lo más fácil es dar un consejo"; "nada en demasia"; "evita que tu lengua se adelante a tu pensamiento"; "es una desgracia no poder soportar la desgracia". Refiriéndose a estos sabios, Platón afirma que el estilo de la antigua filosofía era la brevedad lacónica, y de dos de esas sentencias, inscriptas en el templo de Delfos, dice que eran las dos primicias que de su sabiduría ofrecieron al dios Apolo los creadores de la filosofía, y Sócrates, que confesaba haberse inspirado en una de las inscripciones del templo, advierte a un interlocutor que las palabras de los siete sabios eran algo así como un enigma, como una adivinanza.

Sócrates estaba bien en lo cierto, pues aquellos siete sabios parecen haberse complacido en descifrar enigmas, en "sacar" adivinanzas. Así nos los presenta Diógenes Laercio. De los siete sabios, Cleóbulo era el más hábil en plantearlos y Bías el más ducho en resolverlos. Plutarco, recogiendo elementos dispersos, intentó reconstruir la larga escena de un banquete en que habrían intervenido los siete sabios de Grecia. ¿Y en qué se entretuvieron durante el banquete esos venerables padres de la filosofía occidental? En hallar respuesta a curiosas preguntas que habían sido anteriormente formuladas al rey de Etiopía y que éste había contestado ingeniosamente: "¿Cuál es la cosa más vieja? El tiempo. ¿Cuál es la más grande? El universo. ¿Cuál es la más sabia? La verdad. ¿Cuál es la más dañina? Un daimon. ¿Cuál es la más fuerte? La fortuna. ¿Cuál es la más llevadera? El placer". Pero el primero entre los siete sabios, Thales, el mismo filósofo que

se había atrevido a afirmar la derivación de todas las cosas de un único principio, rectificó las respuestas del rey de Etiopía y dió a las adivinanzas su verdadera solución: La cosa más vieja no es el tiempo, sino Dios, porque Dios no tiene comienzo; la más grande es el espacio, y no el universo, porque éste está contenido en aquél; la más hermosa es el universo, porque todo lo que tenga orden le pertenece; la más sabia es el tiempo, porque ya ha descubierto muchas cosas y ha de descubrir todas las restantes; la más común no es la muerte, sino la esperanza, porque la conservan aun aquellos que ya nada tienen; la más benéfica es la virtud; la más dañina, el vicio; la más fuerte es el destino, única cosa insuperable, y la más llevadera es seguir el curso de la naturaleza.

Es a Thales a quien se atribuye el consejo inscripto en el templo de Delfos: "Conócete a ti mismo"; pero en algunos textos la sentencia es citada de manera que parece ser la respuesta a una adivinanza. Thales formuló seguramente a sus amigos, en alguno de aquellos banquetes, esta pregunta: "¿Cuál es la cosa más difícil?" Así nos explicaríamos que Sócrates haya dicho, refiriéndose al "conócete a ti mismo", que había sido puesto en el templo de Delfos como un enigma.

Todos los grandes personajes de la antigüedad, admirados por su sabiduría tuvieron fama, ante todo, de hábiles descifradores de enigmas o adivinanzas. El más sabio de todos ellos, el rey Salomón, se complacía en demostrar de esa manera su ingenio. La visita de la reina de Saba no habría tenido otro propósito que el de plantear enigmas al rey. Así consta en la Biblia: "Y aun la reina Sabá, habiendo oído la fama de Salomón, vino a hacer prueba de él con enigmas". . . Zarathustra, el mago considerado prototipo de sabios, también era capaz de resolver todos los enigmas; y el demonio, cuando quiso tentarlo, le propuso precisamente enigmas, aunque Zarathustra, en vez de acceder a resolverlos y correr como Edipo riesgo de muerte, prefirió ahuyentar al demonio a pedradas. A Homero el oráculo le habría advertido que debía cuidarse de los enigmas de los niños, y la tradición, que nos lo presenta en duelo de enigmas con Theognis y con Hesíodo, lo hace morir de la pena que le produjo no poder descubrir el gracioso sentido de esta adivinanza infantil: "Hemos

dejado los que pudimos atrapar; y traemos los que no atrapamos". Jehová mandaba a los profetas proponer enigmas, como se lee en el libro de Ezequiel: "Y vino a mí palabra del Señor, diciendo: —Hijo de hombre, propón un enigma". Mahoma, por su parte, consigue esta promesa de Alá: "Y no te vendrán con un enigma sin que te demos la verdad y la mejor interpretación". El libro de los Proverbios tal vez no sea, en gran parte, más que una colección de respuestas a adivinanzas populares. Algunas pueden ser reconocidas fácilmente: "Dos son las hijas de la sanguijuela, que dice: Dame, dame. Tres cosas hay insaciables, y la cuarta, que nunca dice: Basta". (Se trata del infierno, siempre ávido de almas; de la mujer estéril, insatisfecha porque no puede ser madre; de la tierra, que nunca se harta de agua, y del fuego, que lo devora todo). Y no carece de verosimilitud la interpretación según la cual han de entenderse como presentadas a modo de adivinanzas, en la sobremesa, muchas parábolas de Jesús. No ha de extrañar, pues, que el mismo San Agustín, en su severo tratado sobre la Trinidad, crea necesario explicar, antes de abordar los más difíciles problemas, qué es un enigma: Un enigma —dice— es una alegoría oscura y difícil de entender. Glosando las palabras de San Pablo, concluye que en este mundo no podemos ver sino en enigma, como por un espejo, y que debemos realizar un gran esfuerzo para distinguir con alguna claridad lo que algún día nos será dado ver cara a cara.

En las mismas *Vidas* de Diógenes Laercio se cita una adivinanza que había sido ideada por Cleóbulo, otro de los siete sabios, padre de la joven Cleobulina, admirada por Thales y también experta en enigmas. El texto de la adivinanza es el siguiente:

Hay un padre y doce hijos; cada uno de éstos
tiene dos veces treinta hijas, de rostro diferente:
las unas muestran un rostro blanco, las otras un rostro negro;
y, aunque inmortales, todas perecen.

Diógenes Laercio da en seguida la solución de la adivinanza: "se trata del año", dice, sin agregar comentarios. Efectivamente, los doce hijos son los doce meses del año; cada uno de ellos tiene dos

veces treinta hijas: los treinta días, blancos, y las treinta noches, negras. Esas hijas perecen, aunque son inmortales —concluye la adivinanza—; y con ello quiere aludirse al curso de los días, fugaz pero inacabable.

De acuerdo con otra tradición, la misma adivinanza habría sido propuesta por Nectabeo, rey de Egipto, a Licurgo, rey de Babilonia. Se habla, en este caso, de un gran templo sostenido por una columna. En torno a la columna hay doce ciudades; cada una de ellas tiene treinta arcos. Junto a cada arco hay dos mujeres: una blanca y otra negra. El rey de Babilonia sólo pudo resolver el enigma gracias a la ayuda de Esopo, el fabulista. Nos hallamos, pues, con que la tradición hace también de Esopo un experto en enigmas. Y acaso a ello se deba que en el banquete de los siete sabios Plutarco haga figurar a Esopo como invitado especial.

Lo más curioso es que ese enigma de los días y las noches aparece en un texto oriental que de ninguna manera puede ser posterior a la época en que habrían vivido los fundadores de la filosofía griega. Los himnos védicos, que constituyen el libro más antiguo de la India, ofrecen muchas adivinanzas, una de las cuales es precisamente la que habrían conocido los siete sabios y Esopo. Una estrofa de los himnos védicos dice: “La rueda del Orden, de doce rayos, gira sin gastarse en torno al cielo. En ella hay, en parejas, setecientos veinte hijos”. Se trata, evidentemente, del mismo enigma de los días y las noches. En otros himnos, que también contienen adivinanzas, puede hallarse la alusión, más directa, a las dos hermanas: “Dos hermanas de aspecto diferente se persiguen procurando un buen fin. Ambas se amamantan en la misma vaca. Con una de ellas, la vaca es de oro... Con la otra es pálida, llena de hermoso fulgor”. (También figura esto: “La noche y el día, que constantemente se destruyen uno a otro, y que se amamantan unidos en la misma vaca”).

Esta adivinanza de las noches y los días es, como vemos, muy antigua. Los himnos védicos tienen, por lo menos, veinticinco siglos. En los otros dos casos —el de la adivinanza de Cleóbulo y el del enigma resuelto en Babilonia con ayuda de Esopo— la antigüedad sería la misma. Pero los himnos védicos constituyen el punto de partida de la filosofía india, y los siete sabios son los creadores de la filosofía griega. Nos halláramos, pues, ante este extraño fenómeno:

la filosofía, tanto en Oriente como en Occidente, comenzó expresándose en adivinanzas; y hay una adivinanza que es común a las dos filosofías y que aparece en los orígenes de ambas. Puede agregarse esta otra coincidencia: los sabios que en Grecia resolvían adivinanzas eran siete; y en siete se fija también, muchas veces, el número de *rishis*, de sabios a quienes se atribuye la creación de la filosofía india.

Hace cincuenta años, dos grandes orientalistas (Max Müller y Victor Henry) aventuraron, separadamente, una teoría según la cual es en la adivinanza popular donde ha de buscarse el origen de los mitos poéticos y de los misterios religiosos. La relación de la adivinanza con el mito es clara y no necesita explicaciones. La relación con los misterios religiosos se prueba fácilmente. En las sociedades primitivas, la adivinanza no es un mero entretenimiento. Sólo se la propone y resuelve en circunstancias especiales: por ejemplo, en presencia de un cadáver o en el momento de la cosecha. En el primer caso, para evitar un lenguaje directo que pueda ser entendido por el muerto: éste debe ser ahuyentado del mundo de los vivos, y para ello hay que hacerle sentirse extraño a los que quedan; en el segundo caso, para evitar que el espíritu de los granos que van a ser cortados descubra el destino que le espera. En ciertas fiestas báquicas semejantes a nuestra conmemoración de los difuntos, las ménades se proponían mutuamente adivinanzas. Lo mismo sucedía en otras fiestas orientales, griegas, romanas, celebradas en ocasión de la muerte de algún dios, o con motivo de sacrificios fastuosos destinados a asegurar la prosperidad colectiva: casos de la Magna Mater, de Ceres, del sacrificio brahmánico del caballo (*ashvamedha*). Y en algunas ceremonias africanas de iniciación, citadas por Frazer, los niños debían, al ser circuncidados, descifrar adivinanzas pictográficas. En el mundo clásico serán frecuentes, más tarde, los banquetes con entretenimientos a bases de adivinanzas, como el relatado por Plutarco y como aquellos otros en que intervino Sócrates. En ellos se pagaban prendas y se recibía castigo o premio; el castigo solía ser una copa de vino con sal; el premio, una corona —pero, si nadie la merecía, era entregada al dios bajo cuya advocación los sabios se habían reunido a “sacar” adivinanzas.

El mito poético y el misterio religioso habrían tenido su primera expresión en la adivinanza popular. Poetas y sacerdotes recibieron esas expresiones de ingenio y de inquietud colectivas y nos las transmitieron, unas veces embellecidas, otras veces oscurecidas. Desde hace cinco mil años —sostiene Victor Henry— la humanidad se alimenta, espiritualmente, de esa gran reserva de adivinanzas. Podemos agregar que eso sucede, no sólo en lo que respecta al mito y al misterio, sino también en lo que respecta a la filosofía. Los mismos diálogos socráticos podrían ser releídos con este criterio. Se vería entonces cómo subsiste, en el filósofo que plantea y resuelve problemas, la técnica del hombre que propone y descifra enigmas.

La adivinanza de las trescientas sesenta parejas de hermanas es la más antigua que se registra, entre las que tienen algún valor filosófico. Se trata del primer gran enigma descubierto por la mentalidad popular y ofrecido luego a la meditación de los sabios. En los himnos védicos se dice, al formular esa y otras adivinanzas: "Yo, que no sé, interrogo aquí a los sabios, para saber..." Pero tal vez esa adivinanza con que comenzó la filosofía tanto en Oriente como en Occidente, no sea simplemente el primer gran enigma sino el único que se haya planteado a los filósofos: el enigma de los días que mueren y son, sin embargo, inmortales. Es decir, el enigma de la muerte diaria y de la vida imperecedera. El enigma del tiempo y la eternidad, ante el cual los hombres han enarcado las cejas y se han hecho filósofos y han venido soportando, como Edipo, las burlas de Tiresias.

VICENTE FATONE.

F L O R E C I M I E N T O

Lenguas de luz y aires sensitivos
ya florecen en tierra de cipreses:
brumas segadas en espiga y mieses
se hunden en cielos para siempre vivos.

Fronteras de la sangre y fugitivos
duelos que de la herida tantas veces
medraran cal y canto en arideces,
brotan trigales para siempre vivos.

Hierbas y monte en límite salobre;
asedios que adelantan sus colinas
quebrando llanos por la tierra pobre

se ofrecen a la sed de los olivos.
Y en sus nardos de sangre las espinas
abren futuros para siempre vivos.

MARÍA DE VILLARINO.

LA TERTULIA DE EMPIRON

JACINTO Empirón fué un centro americano exuberante que solo brilló para sus amigos, en caudalosas charlas, confirmando el desgaste generoso de una generación. Tahir de la vida, manirroto del espíritu, se despidió del mundo a los veinte y tres años, después de escribir orgulosamente en un pedazo de papel: "quedan las últimas cien pesetas sobre el velador, de propina para los sepultureros".

No dejó libros, ni memorias. Pero en el Madrid, hoy casi fabuloso, del año 1920, figuró como elemento esencial de una tertulia que reunió a escritores de renombre en un café sobre el cual he de escribir con calma algún día, ya que después de tanto andar por climas y medios diferentes puedo decir que nunca hallé atmósfera tan sobrecargada de lirismo, ni tan propicia al disparate redentor. Y alárguese aquí el paréntesis para insinuar la necesaria rehabilitación del disparate, único cohete espiritual que nos queda, en medio de sociedades uncidas al yugo de la mediocridad monótona y el egoísmo de hormiguero.

Sostenía Empirón que los escritores de todos los siglos se dividieron en dos escuelas: los sibaritas y los nobaritas. Él era nobarita, porque no tenía dinero. Se negaba a ajustarse al léxico de la eternidad, porque el reloj, a su juicio, era el diccionario de las horas. Pretendía ser polifono, dado que tocaba cuerdas diferentes. Y se divertía —nos divertía a todos— jugando con las contradicciones y los aspectos inesperados del diario vivir.

Una tarde llegó enjugándose la frente:

—La ciudad está loca. Carretero ha abierto una sastrería. Panigua un restaurante. Gallo una carnicería. No cabe, bien lo sé, lógica en los nombres. No exijo que el dentista se llame siempre Verdugo y el profesor de baile Minué. Hay Gordillos esqueléticos y Delgados

que pesan cien kilos. Angel Casto es el hombre más pervertido de la ciudad. Pero urge imponer un límite. Hoy he encontrado a una mujer de ojos de ratón marchito que bautizó a sus hijos Hermógenes, Hipólito y Hermenegildo. Todos con ache, nacidos bajo el signo de la letra afónica que solo se pronuncia mentalmente, como el destino de los que no deben ser nada. Estas cosas no se pueden tolerar...

Para hablar contra la ache esotérica, que confunde a los colegiales, tenía Empirón, desde luego, razones categóricas. Cuando ensayó en París su francés nonato, le desconcertó encontrar en el *Figaro* la rúbrica "Echos", que interpretó como hechos, con ache al principio también, cuando, en realidad, pese al signo inútil, significaba ecos, en español sin ninguna. Le aterró la evidencia de que hasta del otro lado del océano la letra odiosa que ni corta ni pincha, le seguiría jugando bromas de colegial. De aquí su beligerancia abstencionista y la inclinación a escribir temerariamente "ierro" y a unificar el hasta, preposición, con el asta de las banderas.

Pero su dinamismo disminuía los resbalones.

Tan enano y enclenque como charlatán y gesticulador, tenía algo de esas diminutas locomotoras arcaicas que arrojan torrentes de humo, producen ruido infernal y parecen devorar distancias, cuando apenas avanzan pocos metros. Todo era en él ornamental desgaire, como si para suplir la mísera apariencia extremara el manantial verboso, transformándose a ratos en histrión. Me parece estarle viendo aún, ceñido en su invariable y claudicante traje gris con rayas de ofidio.

Otra vez, se presentó angustiado, escenificando el chiste que fingía improvisar. Suspiró, se llevó las manos a la cabeza y exclamó dramáticamente:

Hoy se casó Julián, ayer Ramiro...

¡Esto ya es cosa de pegarse un tiro!

Acostumbrados a sus bromas, nos limitamos a felicitar al célibe que proclamaba la firmeza de sus convicciones en parcos endecasílabos. Oasis saludables en medio del literatismo torrencial; y travesura, además, inofensiva, cuyo destino era brillar un minuto, como los cigarrillos que aplastábamos en el cenicero.

Sin embargo, esa despreocupada concepción de lo cómico y de lo efímero frente a lo eterno, contenía el sentido final de la vida. Solo

admitiendo esa hipótesis se comprende que Empirón, no siendo nada, lograrse sintetizar el estado de alma de un grupo numeroso hasta dar su nombre a la tertulia.

Una noche declaró:

—En mi vida todo ha ocurrido por casualidad. No quiero establecer así una diferencia con los demás hombres. Si la diferencia existe, estriba en que los demás no reconocen el fenómeno y yo lo admito...

Claro está que la tertulia de Empirón tenía que ser inevitablemente empírica. Reunía elementos heterogéneos. Por haber publicado un libro o colaborado en un periódico, gozaban algunos de incipiente notoriedad. Se hallaban en mayoría, sin embargo, los inéditos, los intuitivos, los que lo esperaban desorbitadamente todo, precisamente porque no habían hecho nada. Y cabe declarar que estos últimos fueron los que trajeron el mejor aporte irreverente y dieron verdadera fisonomía al grupo.

Podrá parecer paradoja. Pero al contentarse con anunciar lo que se creían capaces de hacer, al desangrarse, teniendo talento, en mistificaciones, amoríos y algazaras, estos hombres compendiaron la más feliz distintiva de la época espumosa que intentamos evocar. En la agudeza espontánea, en el efímero juguete rimado, pusieron, pese a la burla, más grandeza que otros, prematuramente fríos y formales, que palidecieron tratando de equilibrar laboriosas páginas, destinadas, resbalosa ilusión, a la lúgubre eternidad.

Fueron los sonámbulos de la literatura. Una ciega intrepidez los emborrachaba. Caían sin alcanzar la meta, segados por la ametralladora de la realidad. Pero representaban el más puro lirismo dentro de la predestinación.

No faltará quien murmure ¡juventud romántica!, poniendo en la palabra "romántica" desdeñoso acento protector. Nosotros decíamos sencillamente ¡juventud!. Porque la juventud fué siempre impulsiva, imprevisora, divinamente absurda. Sólo una menguada evolución de los tiempos y de los hombres podría hacerla cicatera o minuciosa y envenenarla con astucias o restricciones. Si alguna vez surge esa disminución, sobrarán los adjetivos, porque ya no será juventud.

Encarnaba Empirón la antítesis de otro muchacho, centro-ame-

ricano también, que solía acercarse al grupo y a quien llamaremos Equis, para no molestar a nadie. Equis sólo pensaba en el mísero encumbramiento y era galeote de la vanidad minúscula. En vez de regalar ingenio, imitando a los que dan de comer a los pájaros, recogía y utilizaba, como propias, hasta las migajas de la conversación. Anotaba afanosamente en su carnet nombres de escritores y títulos de diarios, siempre al acecho de cuanto podía favorecer su ascensión. Consagraba sus horas a amueblar y sostener el teatro de muñecas, sin dedicar un solo instante a vivir. Esfuerzo estéril y aburrido. Porque al cabo de cuarenta años podemos comprobar que, pese a cálculos y ardides, no logró evadirse de la sombra. Ni siquiera ser feliz. La tozudez engendra la neurastenia.

Empirón, en cambio, estaba siempre alegre, aunque a veces saltaban en la irradiación eufórica vagas certidumbres pesimistas:

—En su sabiduría eterna —nos confesó una tarde— Dios hizo la vida de ciertos animales domésticos más corta que la vida del hombre. El amo se consuela fácilmente de la muerte del perro, pero el perro no se consuela nunca de la muerte del amo...

Amargura o pirueta que no le impidió leernos a continuación subrayando desorbitadamente el título "Disparates numerados", estas redondillas burlonas:

*Se asegura que Unamuno
para evitar un tranvía
nombró arzobispo a una tía
que vendía churros — Uno.*

*Que en los libros de Galdós
batallones de felinos
avanzan en submarinos
tocando la flauta — Dos.*

*Que escapando de un inglés
convertido en terremoto
se resbaló en un poroto
don Pío Baroja — Tres.*

*Que en un dorado anfiteatro
tendió su escala de seda
y comió Salvador Rueda
carne de jirafa — Cuatro.*

*Que Azorín con terco ahinco
sembró el campo de tachuelas,
sin que crecieran las muelas
del alcalde de Alba — Cinco.*

*Que si está, como le veis,
Valle Inclán pálido y flaco
es porque hace con tabaco
siempre su merienda — Seis.*

*Que el dedo hasta el codo mete
por pescar una sardina
sin que consiga Marquina
lograr un éxito — Siete.*

*Que aunque Altamira está chocho,
el sol luce sobre Creta
y hay pescados con careta
sobre el Palacio Real — Ocho.*

*Que en los altos montes de nieve
Blasco Ibañez tiene granjas
donde cultiva naranjas
que valen un dólar — Nueve.*

*Y que huyendo de Jerez
Manuel Machado dió un brinco
y se metió en una nuez.
Uno, dos, tres, cuatro, cinco,
seis, siete, ocho, nueve — y diez.*

A la tertulia solía acudir Rubén Darío cuando se hallaba en España. En una de esas apariciones, el poeta nicaragüense, habitualmente mudo, intervino también en el jolgorio. Como no le trajeran la vuelta del billete que había entregado al camarero, improvisó — rememorando acaso a los sarracenos que “nos molieron a palos, porque se ayuda a los buenos cuando son más que los malos” — una cuarteta de inspiración zarzuelera, pese al argentinismo que le hizo decir “el vuelto” en vez de “la vuelta”:

*Si no me entregan el vuelto
no lo voy a reclamar;
lo que Dios tiene resuelto
se tiene que realizar.*

La fascinación de la palabra con todos los arreboles que el espíritu añade al léxico diluía en lontananza las jerarquías y sólo quedaban niños jugando con globos de colores. Si la expresión "arte por el arte" tuvo significado, ningún ejemplo lo ilustra mejor que el loco afán de hacer caricatura con los consonantes, convirtiendo la sorpresa en trampolín de alegría. Infantilismo intelectual, propio de soñadores y al fin de cuentas saludable, dentro de la inocuidad.

Fueron escasos los peregrinos de América que no se acercaron alguna vez a la tertulia de Empirón. Gómez Carrillo, Amado Nervo, el historiador Carlos Pereyra, el venezolano Gil Fortoul, discurrieron alrededor de las mesas de mármol, añadidas las unas a las otras, a medida que se hinchaba el grupo. Sin embargo, la voz dominante la llevaron siempre los desconocidos, los más recientes. Iniciaban, al llegar, la aventura deslumbrante con la certidumbre de superar a sus predecesores. Muchos de ellos, con fundamento. ¿Por qué no? Desgraciadamente, la saturación ibero americana de Madrid y de París había llegado al límite. Pocos lograron surgir. Unos volvieron, mustios, al terruño. Otros sucumbieron en la demanda. Pero el fogonazo delirante del primer ímpetu les hizo suponer que se hallaban por encima de todo. En ese relámpago hay que situar al grupo.

Un divino desequilibrio ponía alas de Pegaso al asno indócil de la rotación habitual. Se trastocaban los valores. Cambió la esencia humana. Y aunque el destino sonreía en la sombra, sabiendo que éste moriría bajo las ruedas de un tren, que aquél, con el tiempo, dirigiría un Banco y que el de más allá, cargado de hijos, acabaría siendo empleado de correos, nada podía acallar las fanfarrias triunfales, ni interrumpir los desfiles victoriosos que fingía la imaginación.

Así se desarrolló el cenáculo frente al cual Empirón, juglar ultramarino, sacaba de su sombrero encantado las maravillas de la selva y los colores del sol. Manigua y trópico. La palabra era ensueño, alegría, optimismo. Y en la gloria de vivir, saltaba la expansión juguetona, desde el epigrama bien adjetivado, hasta la farsa ingenua de soltar en el café una bandada de pájaros para desarticular las conversaciones.

Los que no han conocido un café madrileño no pueden hacerse idea de lo que fué la Torre de Babel. El café madrileño no tiene semejanza con el café de París, de Viena o de Buenos Aires. Participa,

más bien, del ambiente de la plaza de toros. Como que, en realidad, las corridas españolas empiezan en el café con vocingleros vaticinios y tempestuosas parcialidades, para epilogar en el café también los entusiasmos frenéticos o las estruendosas maldiciones. El café es cancha o *ring* donde el profesor, el cómico, el señorito, el torero, el artista, el holgazán practican el pugilato de las palabras, el fútbol de las ideas o el *catch as catch can* de las cóleras. Cuanto puede existir dentro de los conocimientos y las emociones tiene en el café su estridente bolsa de cotización, porque, después de todo, la taza de caracolillo, el chato de manzanilla, la copa de valdepeñas o la cerveza intrusa sólo sirven de pretexto para desquiciar el mundo y volverlo a construir.

La tertulia de Empirón encontró, pues, en el café su clima y se incrustó en un ángulo de la sala inmensa para amenizar con americanismos herejes la rotación ortodoxa de las zetas. Después de todo, el cónclave exiguo coincidía con el gran escenario de la Historia, confirmando en parentescos las tendencias divergentes.

El comensal más asiduo —porque nadie llegó nunca antes, ni partió después— fué el viejo poeta mexicano Luis G. Urbina, cuyos versos dulzones, embalsamados de ámbar, hacían lagrimear por entonces a las mujeres... Acaso soy injusto al encasillarlo en el pasado. No hay eclipse sin luz. La navegación a vela de la gloria depende del capricho de los vientos. Por encima de las modas literarias, Urbina quedará como uno de los buenos poetas que ha producido el Nuevo Mundo.

Bajito, gordo, jovial, efusivo y grandilocuente, de bigote escaso y piel oscura, un tanto sebosa, hablaba siempre en pinceladas de colores y en metáforas relucientes. Con copas o sin ellas. Porque nunca se supo cuando le faltaban o le sobraban. El “viejecito” —así le llamaban sus paisanos desde la juventud— hizo de la embriaguez el estado habitual y plácido, sin desafinaciones ni paréntesis, sin misterio ni alboroto, como si cultivase una normalidad, nunca empañada por la desalentadora ausencia o la indiscreta presencia de Baco.

Se complacía en amplificar las glorias de México, hablando de balceras, zopilotes, enchiladas o tequilas; y solía evocar con emo-

ción la silueta del malogrado Bernardo Couto Castillo, a quien yo conocí también y traté en tierra mexicana.

Recuerdo que al salir de una fiesta en la que por entonces se llamaba calle Plateros intenté evadirme, deseoso de poner término a la juerga y advertí a Couto Castillo:

—Se está acabando la noche...

—No importa —contestó, reteniéndome— compraremos otra...

Murió joven Couto Castillo y no podemos saber si compró también en mundos nuevos otra existencia. Pero al recordar sus aventuras, Urbina y yo sentíamos la misma alegría. La palabra parece disonar. Sin embargo, la muerte de los que han vivido no entristece. Sólo asusta la muerte de los que se fueron sin vivir.

Luis Urbina fraternizaba con todos, grandes y chicos, renombrados o inéditos. Su lírica exaltación, su bondad generosa, su despreocupación por las cosas del mundo, le hacían soportar con mansedumbre hasta los versos invertebrados que leían ciertos poetas jóvenes. Porque ya empezaban los manicomios a poner en libertad a las hordas adversarias de la eufonía y del ritmo, que interrumpieron, en parte saludablemente, hay que reconocerlo, la somnolencia lunar de los románticos.

Aunque permanecía fiel a las líneas consagradas y aunque sus madrigales de crepúsculo mariposeaban en las antologías, Urbina, como buen ácrata de las letras, dejaba el campo abierto a los innovadores. Podían las músicas disonantes convertirse en imprevisto baile de antropófagos. No le impidió nunca el estrépito seguir recitando beatíficamente, de memoria, y elogiando, sin envidia, la composición de su compatriota José Juan Tablada titulada "Onix", tan difundida por entonces:

*Torvo fraile del templo solitario
que al vago resplandor del lampadario
o a la pálida luz de las auroras
desgranas de tus culpas el rosario,
yo quisiera llorar como tú lloras.*

Después venían —era de cajón— las invocaciones al guerrero ("yo quisiera matar como tú matas") y al enamorado ("yo quisiera querer como tú quieres") para terminar declarando, con la falsa incredulidad del siglo XIX:

No hay un Dios, ni un amor, ni una bandera.

Pese a los años y a los defectos, merece ser recordada esa poesía que marca el estado de espíritu de la generación que nos precedió. Contra la negación universal entendimos reaccionar nosotros, declarando, exageradamente también, que creíamos en todo, aunque sin dar importancia a nada. Porque del pesimismo y el escepticismo endémico, pasaron las espigas que se abrían, —siempre en los ismos— a la credulidad y a la euforia sin freno.

Aunque era, en realidad, la piedra angular de la tertulia, Urbina, modesto y tímido, proclamó jefe supremo a Empirón. Poco tuvo que ver en ello la literatura. No era posible admirar la obra de quien no había producido nada. Lo que aplaudíamos, lo que envidiábamos, lo que nos deslumbraba, era la inaudita espontaneidad, la risa estentórea, la malicia sin agresión, el ímpetu dionisiaco que le permitía abrir a cada instante, con manos de gnomo, todas las puertas de oro. Nos fascinaba el ambiente creado por el goce de vivir, por el olvido de los egoísmos, por el gesto independiente.

Así se avino el grupo entero a colaborar bajo la batuta mágica en discutibles parodias burlescas, como cuando profanamos la tumba del drama clásico español para jugar con el esqueleto venerable del drama calderoniano:

*Empieza el terrible drama
cuando media noche dan;
un balcón sobre una dama,
y una sombra en el galán.*

*Muy donjuanesco y ladino
va a probar nueva fortuna,
pero interviene la luna
con el rayo del destino.*

*Cuando van saliendo a flote
las intrigas del villano,
sale de pronto un garrote
llevando al padre en la mano.*

*En la puerta del jardín
se resuelve la querella:
lanza un grito el espadín
desnudando a la doncella.*

*Y después, el cuadro horrendo
en la calle desolada:
la carroza desmayada
y el cadáver que va huyendo...*

Una revista bullanguera captó el juguete, arbitrariamente reproducido después, y acaso algunos lo leyeron. Pero, en general, las rondallas familiares de los contertulios y las discusiones en verso — con aterrizajes forzosos en el ripio — no salvaron nunca, a Dios gracias, los límites de la mesa del café. Chistes, epigramas, rasgos afortunados o comentarios ingeniosos, todo estaba destinado al consumo local. No se enturbiaba el placer de decir con el afán de publicidad. Cada cual traía, sin reservas, al fondo común, su desinteresada contribución; y así nacieron y murieron las ocurrencias, sin padre oficial, para solaz de todos.

Claro está que la tertulia, ágora abierta, conoció al ensimismado que busca pretextos para hablar de sí mismo, al impertinente que aburre, al tonto que desconcierta y al vicioso que hace residir el talento en la dosis de morfina. A esta última zona pertenecieron algunos discípulos de Julio Herrera y Reissig y de aquel otro poeta, también uruguayo, Roberto de las Carreras, que sólo vió a la Bella Otero en postales y le dedicó, sin embargo, un canto ejecutivo que empezaba:

Tu voluptuosa falda será mi facistol...

Pero el ambiente rechazaba cuanto podía traer fermentos menguados, disolventes o morbosos. El presumido, el dogmático, el necio o el catecúmeno se vieron gradualmente empujados de silencio en silencio a la cola de la mesa, hasta que perdieron pie en la calle.

Si estas evocaciones fueran una cadena de apologías no tendrían interés para el lector, ni las escribiría yo con el gusto con que las escribo, recreándome en la exhumación de escenas y figuras que, por ser humanas, no pudieron dejar de tener su faceta enfadosa o ridícula, dentro de la perspectiva, a la vez irónica y conciliante, que impone el tiempo transcurrido a la afanosa brega de los hombres. Pese a la tolerancia indiferente, resultan siempre incómodos los botarates y los pánfilos, aunque también puedan ser útiles, al servir de antítesis a otras figuras.

Sólo resulta interesante, para algunos, lo que a ellos se refiere o lo que les favorece en forma directa. Erigen el yo paupérrimo en peregrina central liliputiense a la cual sueñan atar todos los hilos de la creación. Así brota, en hornadas de egoístas, agriados o envidiosos, la impotencia nociva que envenena la ciudad. En la tertulia de Empirón, por el contrario, nadie pensó nunca sacar provecho de nada. Se desvaneció lo que llamaremos geografía política del hombre, para exaltar, impersonalmente, el ingenio, la voluptuosidad de juzgar y sonreír. Nos crispaba sobre todo la vanidad papelera. Más cerca estábamos de los que cultivaban la copla anónima, la nota bufa o el juguete pueril. Como lo hacía aquel colombiano parlero y tumultuoso —llamado, creo, Asencio— que lanzó una noche, desde un campanario construido en su imaginación, el lamento más inesperado:

*Tan, tan, tan...
las campanas piden pan,
ton, ton, ton...
porque el cura es regañón,
tan, tan, tan...
pero viene el sacristán
ton, ton, ton...
y les trae un carretón.
Por eso alegres están
tan, tan, tan...
las campanas con el pan.*

Desgraciadamente, el balbuceo infantil se complicó después con versos invertebrados en los cuales declaraba Asencio que "las cartas rotas de amor son campos de margaritas", confiando, visiblemente, en la rima dadivosa que debía llevarle a "las citas", para terminar el cuarteto.

En el recuerdo sobrenada la figura del cuentista argentino Alberto Tena, que escribía para aquel casi olvidado *Fray Mocho*, desviación rebelde, triunfal un instante, del *Caras y Caretas* de Buenos Aires. También he de evocar al ecuatoriano César Arroyo, romántico impenitente, henchido de idealismos que le llevaron a escribir un libro sobre José Vasconcelos y otro sobre el que firma esta crónica. Orgulloso a la vez de su ascendencia indígena y de su cultura ibérica, Arroyo se hallaba tan impregnado de lecturas clásicas, que compuso, influenciado por Manrique, esta letrilla:

*La mujer del cerrajero
que es fiel desde la infancia
declara con arrogancia
que el deber es lo primero...
Pero, pero, pero, pero...*

*El prócer camandulero
que siempre vendió su influencia
proclama con insistencia
su desdén por el dinero...
Pero, pero, pero, pero...*

Seguían dos estrofas, que no alcanzo a reconstruir, hasta dar en el tope:

*El mundo es un burdalero
donde de uno u otro modo
nos consolamos de todo
con la monserga del pero.*

Estoy citando de memoria. Los papeles, si los hubo, se perdieron. Al rededor de Empirón todo fué verba. Solo queda la tradición oral, como al rededor de los personajes mitológicos.

Era, por lo demás, aquel grupo una conjunción de grandeza desganada, desorden sistemático y aturdida imprevisión. Se escribieron sonetos que el viento se llevó por la ventana. Más de una vez se evitó la publicidad para prolongar la embriaguez de esperarla. El prestigio negativo, la jerarquía por omisión alcanzaron galones. Se vivía en todo momento fuera del mundo; y del mundo se ignoraban las recompensas, cultivando la fórmula más alta del orgullo: la que consiste en colocarse por encima de él. Locura de infinito, o más exactamente, locura de Empirón, nigromante absurdo de quien dijo Darío:

*"...hay que poner a Jacinto
sobre un plinto,
con una quimera al cinto".*

Pero... (como en la letrilla antes citada no podía faltar el pero) la tertulia terminó al cabo de un año en forma dolorosa. Pese al ambiente que supo crear, pese a la burla perpetua, Empirón ardió en su propio fuego hasta que el metal rojo y maleable cayó entre las pinzas de la realidad. Nadie pudo prever el suicidio con que puso fin

a su vida vertiginosa. A su vida paradójal, diremos. Porque una decepción de amor sirvió de epílogo.

Hay siempre una hora misteriosa en que se revela el alma de los hombres y se resuelve su horóscopo. Desmintiendo el apotegma "no hay que tomar nada en serio", Empirón acechó hasta el amanecer el regreso de la amiga frágil. La vió despedirse tiernamente de otro hombre en la esquina. Y para no profanar el nido de ensueño, interpuso su cadáver en el umbral de la puerta.

¿Debo añadir que el tercero del triángulo no pensó nunca que su encuentro con la coqueta generosa podía causar la muerte de un amigo? La culpable misma, aclimatada en el género epidérmico y fugaz, no dió importancia a la aventura. Pero es peligroso despertar al sonámbulo que avanza en equilibrio entre dos despeñaderos. Puede caer del lado de la vida o del lado de la muerte.

Así quedó enterrada la tertulia, que había estado, en cierto modo, presidida por un fantasma. Más que un hombre, nos reunió el universo deslumbrante y falaz en que creímos estar viviendo, el espejismo del sistema planetario inexistente al cual nos ajustamos sin saber lo que hacíamos. Era imposible, sin embargo, negar la evidencia. Superior o pésimo, ese cosmos fantasmagórico nacía de Empirón. El naufragio o la elevación era obra suya. Solo cuando se fué descubrimos que había sido el más poeta de todos. Porque con él desapareció el imposible, lo mejor de la juventud.

Remotos clarines anunciaban la dispersión. Obedeciendo a ritmos nuevos, por causas que no tuvieron relación entre sí y que no se relacionaban directamente con la desaparición del taumaturgo, Tena volvió a Buenos Aires, Arroyo pasó a ocupar el consulado en México, Rubén se instaló en París, yo en Niza, otros más jóvenes desaparecieron sin dejar rastro. Sólo quedó en su sitio de siempre, como esperando a nuevas generaciones, el infaltable viejecito Urbina, un tanto disonante y anacrónico, pero fiel a la consigna irreal.

MANUEL UGARTE.

Viña del Mar.

SED DE LA ESTATUA

Tu garganta es alud
 que rueda hasta dos témpanos parados,
 oh estatua de salud,
 hecha de trigo y mármoles mojados.

Tu cuerpo en libertad,
 mezcla de palomar y de gacela,
 es en mi soledad
 un cielo limitado por la tela.

Tu piel clara es la sed
 y al mismo tiempo el agua de los ríos;
 es una fina red
 que junta a fruta tibias, peces fríos.

ESTACIONES

Los árboles agujereados de cielo
 no son sino colmenas de alvéolos vacíos.
 El sol bruñe su lingote de oro.
 el sol ha devorado la mitad del día
 y la lluvia, paz líquida, desciende.

Llega la verde costurera de los árboles.
 El río propaga sus rumores falsos
 hasta instaurar la moda anual de las uvas.
 Se llena el suelo de guantes amarillos.
 La liebre del miedo roza los matorrales.
 El agua se enturbia de glaciales pensamientos
 y la cera silenciosa de la nieve
 ayuda a bien morir al paisaje.

TRES ESTROFAS AL POLVO

Tu roce de ceniza va gastando las formas,
hermano de la noche y la marea.
Envuelves todo objeto en una muerte anónima
que es tan sólo un regreso a su origen de tierra.

Escalas sin ser visto muros y corredores.
Palidecen los trajes ahorcados
en sus perchas de sombra, y los relojes
cesan súbitamente de vivir a tu paso.

Clandestino emisario de las ruinas,
tu palabra es la última y la más elocuente.
Nada puede escapar a tu parda conquista,
aliado innumerable de la muerte.

JORGE CARRERA ANDRADE.

San Francisco de California.

E L P E R E G R I N O

(TERCERO Y ÚLTIMO FRAGMENTO)

MARUJA caminaba en la sombra de la plaza amplia, remanso de manchas oscuras que rumoreaban a la vera de la ciudad populosa; la luna bañaba en calma la estatua de mármol, desnudo de mujer apoyada garbosa en el pedestal de granito. Maruja, al levantar la mirada vió perfilarse en la florería de enfrente, flores y luces, la figura de X. Indicaba unas rosas sombrías; Maruja imaginó su voz, suave aunque ligeramente ronca, y su pregunta de tímido. ¿Pero es que era él precisamente? Desde la sombra Maruja seguía los movimientos del muchacho, movimientos torpes si bien no desprovistos de gracia, de la gracia que surge, no de la belleza física, ausente en este caso, sino de una adivinada sensibilidad rica y honda. Sonrióse Maruja y, para no ser vista, es que se sentía muy cansada, tardó en cruzar la calle; en el mismo instante en que pasaba frente a la puerta, X, salía de ella, llevando en la mano tres rosas envueltas en papel transparente. Detúvose sorprendido y Maruja le tendió la mano. Pero la timidez del muchacho habíase tornado huraña y se separaron muy pronto en la plaza llena de luces, de mujeres en trajes claros, de niñas, de jóvenes. La primavera despertaba en todos vagas ensoñaciones.

Maruja comentaba en la penumbra: —Hay hechos, hay actos que se producen o nacen "sub specie aeternitatis". El avezado capta inmediatamente tal calidad, y, aunque muchos otros le coquetean y le hacen guiños, se aferran de este o de aquel otro arpón, sabe que naufragarán inexorablemente... ¿qué distingue aquellos hechos de estos otros, caducos? Vaya a saberlo. Sólo la intuición lo distingue

con toda evidencia. Vienes tú caminando por una plaza llena de penumbra y ves en una tienda frontera a un muchacho escogiendo dos rosas oscuras, dos rosas que adivinas magníficas en la lontananza, que brillan, un brillo caliente de voluptuosidades sádicas; no hace sino eso: entrar y salir del cuadro luminoso, tomar las rosas e irse... aún sin conocer al joven que hace esto, el hecho se ha grabado en ti... y supongamos que lo conozcas, como en efecto lo conocía, el saludo, la sorpresa, las pocas palabras triviales llegarán llenas de promesas arcanas vibrando de pasiones, como si el encuentro fuera una encrucijada; y te alejarás sabiendo que el recuerdo te seguirá por mucho tiempo, o por siempre, y que, en el momento menos esperado, mientras una visión de arte nazca en ti, podrá llegar con ella la antigua escena: la acera grisácea, la temperatura de primavera, el saludo del joven, la frase dicha, la plaza rumoreante de fronda oscura. Pero, ¿por qué?

Sonrió Angélica: —Te olvidaste de una cosa, de una pequeñita cosa. Te cuento una escena semejante: un hombre sentado junto a una mesa rústica, come sosegadamente y bebe pausado; alguien le acerca el pan, el agua, la fruta. No se dice nada, de vez en cuando apenas si una frase rompe el silencio; de afuera llega el perfume de los paraísos. No se olvida más esa melancolía de la noche que cae lentamente sobre el campo. ¿Por qué? Tú lo sabes y yo también. Una sola cosa puede detener el vuelo del tiempo y clavar el hecho por siempre. El amor o el posible amor. Tú lo amabas o lo hubieras podido amar; él te amaba o te hubiera podido amar.

Maruja arrebujóse más en la penumbra y sin mirar a los hombres, Márquez y Carlos, que, un poco alejados hablaban o parecían hacerlo, reflexionó: —Es una sensación extraña la que se prueba al advertir que se puede todavía despertar una pasión. Si debiera definirla, si tratara de ceñirla, diría que es de humillación. Sé que no todas lo han sentido de esta manera; sin embargo, creo que la mujer normal, la cuerda, la pura, no hablo de la físicamente pura, que no tiene importancia, debe sentir lo que digo: la humillación y el sentirse vieja, irremediamente vieja. Y si los hombres ya mayores no lo sienten así, es por la sobreposición de lo convencional o utilitario a lo natural. Se dice que Isabel de Inglaterra y Catalina de Rusia buscaban sus amantes entre los muy jóvenes; las circunstancias, en

estos casos, eran idénticas a las masculinas. Pero para nosotras el primer movimiento es de vergüenza. Así como lo oyes. Yo tampoco veo muy claro el porqué y sin embargo es así. Es, te diré, casi un atentado al pudor... y si no fuera por la proyección tan ridícula, diría que es un faltar al respeto. Así; y lo diría si no recordara la clásica gorda que chilla ante el atrevimiento de un hombrecillo... Mira, es como invitar a un baldado a una excursión de montaña o a un sordo a un concierto.

Carlos, que había estado escuchando, acercóse a Maruja, a quien había conocido esa noche. Angélica sonrió a Márquez y, con un ademán graciosísimo, apoyóse en él ,y, con la cabeza morena sobre su hombro, replicó: —No entiendo lo que dices, Maruja. El amor, aún cuando no se desea, es maravilloso. Tú estás sosegada, de pronto te sale un amor en tu camino, insospechado, indeseado, si quieres; tú ni sabes qué hacer con él; si tuvieras que cultivarlo te pesaría; sin embargo, ese solo hecho obra de revulsivo; ya no eres la de antes; te sientes igual a un marino frente a un posible horizonte nuevo; horizonte que, incluso, puede asustar y repugnar un poco, pero existente... y el pulso se acelera y los ojos brillan y obras con bríos desconocidos. Y en las plácidas horas sientes en ti deseos vagos, languideces, melancolias mimosas como cuando, adolescente, sentías caer la noche sobre tu carne... y ya lo ves, ese amor no te importa.

Márquez se desligó del abrazo de Angélica y ceñudo y triste estuvo callado; Carlos vió la sonrisa de Maruja, la blusa roja de Maruja, los brazos de Maruja que desnudábanse con frecuencia de las mangas amplias de seda roja y mostrábanse blancos y esbeltos, cubiertos de pulseras doradas que tintineaban alegres al movimiento.

Era un matrimonio que ya rozaba la vejez. Una vejez estirada y elegante, sabrosa de convencionalismos. Entran los dos pausados en el gran comedor del hotel. Viste ella traje de encaje y, como siente frío, abrigan su cuello dos martas pequeñas. Él la sigue tieso y atento. Cuando llegan a la mesa, él se le acerca y le quita, con un movimiento pausado, las martitas y las coloca sobre la silla libre. A la salida, la misma operación a la inversa, con solemnidad y delicadeza envuelve

el cuello de su mujer, y ella sale satisfecha y abrigada. Así todos los días; una noche llegaron sin las martitas; entonces Maruja notó que hacía un calor imposible.

En la rambla llamaba la atención. Iba con una boina blanca colocada a plomo sobre la cabeza pequeña; la cartera seguía, golpeándola, todos los movimientos de la pierna derecha. Se pensaba en la solterona alta, flaca y desgarrada. De noche, de sobremesa, comenzó a fumar. Fuma con la afectación de las mujeres que hacen de su cigarro el exponente de su inteligencia o modernidad. Se supo que es baronesa. Una baronesa alemana; en el hotel no se habla sino de ella. Quienes dieron en hablar fueron los mozos y las mucamas; pero en los hoteles veraniegos se habla de quienes quiere la servidumbre. Un día llegó un amigo. Un amigo que pasa largas horas al sol en traje de baño, fumando en pipa. A los pocos días tenía la espalda que asqueaba, pero él, indiferente, sigue fumando en pipa con su vientre abultado en libre expansión debajo de la malla. La baronesa lo contempla embobada. Maruja observa: —Un idilio tremendo: el banquero y la baronesa.

En verdad eran personas de poca clase. Él debía de ser judío. Pero ¡cuántos hay, Dios mío! Era flaco y de rostro demacrado, pero el vientre se dilataba en el traje de baño. Era evidentemente un hombre serio, bueno y antipático. Al reír abría una boca desmesurada y desdentada. Charlaba con cortedad, por eso Maruja colijaba que fuese judío, de aquellos que agradecen el pan comprado. La mujer permanecía serena y sonriente ante los señores, sentíase que ni el nombre, ni el dinero la turbaba, ni siquiera el vestido de lino que ceñía el cuerpo elástico de la dama. Así debía de ser siempre esa mujer, poseer siempre la mirada cordial, de la cordialidad del sacerdote que en el prójimo no ve sino al hermano. Maruja gustaba mucho de esa mujer y, a menudo, afirmaba que hubiera querido ser su amiga.

Maruja, allí estaba Maruja al lado de él, frente al mar... y todo había sido tan simple.

Él no pertenecía a ese mundo; el suyo era algo serio y tremendo, simple y profundo a la par. De él estaban descartados el juego de palabras y la ociosidad. ¿Por qué tratar de sumergirse, de perderse

en él? Su mundo estaba allá entre la gente que cuenta los bocados de pan y los centavos que son necesarios para arrastrar la vida hasta cuando llegue el refugio de la muerte.

Estaba cansado y triste; sin saber por que sintió de repente el deseo de entrar en esa confitería donde el gran mundo se reunía. ¿El frío de la calle y la luz tibia del salón? ¿Un poco de cordialidad nacida de la taza entibiada y del agua burbujeante en la tetera? Las humildes cosas que no fallan, que nos dan una ilusión de calor humano. Sentarse y poner las manos sobre una mesa tendida y saber, saber que una persona se acerca solicita. Alejar de sí la calle hostil y el frío de la primera noche, porque al hogar no se quiere volver, y Márquez está lejos y no hay nadie a quien decir: Escúchame.

Como no encontrara ninguna otra mesa desocupada, sentóse junto a la pequeñita, frente a la gran chimenea. En ésta ardían, chisporroteando, dos grandes troncos, que estallaban en bolitas de fuego y se perdían en la sombra cavernosa del alero.

Carlos se absorbió en la contemplación de la llama y sintióse invadido por la placidez que nacía de ella; placidez real pese a los dos pianistas que, vecinos, no cejaban un momento; pese al ruido de tazas removidas y a las voces confusas del público. De pronto el calor se hizo casi insoportable y sintió Carlos arder el rostro. Separó un tanto la silla y desvió la mirada. Frente a él dos señoras de media edad, tiesas en su peinado perfecto, conversaban entre sí; a su lado, una jovencita sonreía a un hombre joven de rostro lampiño y frente ancha. Todos, menos una de las señoras, tenían aire de familia; la señora, empero, se asemejaba a los demás por la misma elegancia cuidada, por la misma actitud displicente. La jovencita llevaba un vestido ligeramente escotado y de mangas cortas; los brazos eran blancos y en algunas partes casi amarillentos, de ese color de rubio y de pecas. Sobre el respaldo de la silla un abrigo suntuoso. El joven hablaba con lentitud y parsimonia. De una pitillera de plata sacó un cigarrillo que ofreció a la niña.

Carlos se dijo que hablarían quizá de la última novela de Huxley o de la última exposición del salón. Posiblemente dirían "vernissage" siempre que la palabra no hubiese ya pasado de moda o caída, como a menudo acontece, en labios de cursis que la vuelven inaceptable.

Carlos sonrió sardónico, luego se disgustó consigo mismo. Esa vida podía tener un sentido, tanto sentido como la propia. Pero, se preguntaba, ¿habré yo arrojado mis días al abismo para que éstos, precisamente éstos, hablen de mí? Se le ocurrió que la observación era muy tonta; para sosegar se dio en pensar en qué pasarían sus horas esa gente; sólo entonces advirtió que Maruja acercábase a él.

Venía envuelta en un abrigo azul con un gran pompón de piel que le acariciaba el rostro. Lo vio y le sonrió; vaciló un instante; se conocían de poco, pero Carlos se puso de pie y la invitó a sentarse. Accedió Maruja sonriendo. Súbitamente Carlos reconquistó su buen humor.

—Le agradezco a Vd. —dijo Maruja—; en esta horrible sala no encontré una mesa disponible, a no ser aquélla.

E indicó una arrinconada, mientras quitábase lentamente los guantes.

—Creo que el agradecimiento debe ser mutuo —y jocosamente—: ¿leyó Vd. la última novela de Huxley?

Lo miró con desconcierto:

—Francamente no sé. ¿Y si fuera la penúltima?

—No haga Vd. caso; quería yo, por una especie de mimetismo, captar los pensamientos de aquellos haciendo preguntas de esta clase.

—¿Una sátira?

—Diga más bien una estupidez.

Las olas arrojaban a las playas su espuma grisácea, de ojos grandes, de fondo sucio que se fundían, poco a poco, con la arena hasta perderse en ella. El mar cercano, ese mar que los hombres llaman con sus adjetivos minúsculos: tibio, caliente, frío, parecía querer desnudarse furioso en su envidia hacia el otro mar, aquel que, no constreñido por las fauces terrestres, se balanceaba sereno. El sol que había estado oculto toda la mañana, desgarró las nubes y salió como lo pintó Rafael en el cuadro de la Disputa del Santísimo Sacramento. Maruja, de quien era la comparación, se extendió sobre la arena con los brazos en cruz, gozosa y ladeando un poco la cabeza hacia Carlos, que leía, dijo:

—El sol, el sol; he aquí lo que he deseado pintar... el sol alto

en los cielos, hoguera de los dioses; el sol de perla que se desliza por las hojas de los plátanos y por los dedos que bordan... ese pequeño sol, ¿verdad? que tñe la pluma que escribe, o la cabellera de una joven; el sol que entra por las ventanas abiertas o el que se cuela a través de los intersticios de una persiana cerrada. El sol que se ve y se siente debajo de la piel; ¿no lo sientes tú aquí? —y levantó el brazo dorado—, ¿lo ves aquí debajo de la piel, como un almíbar? El sol; yo enloquezco de placer sintiéndolo sobre mi cuerpo... el sol torna cordial al mundo y aleja a los espantajos...

Sonrió feliz, cubriéndose con un pañuelo de gasa el rostro...

¿En dónde estaba Maruja? Si cerraba los ojos sentía aún en sus palmas la tibieza de la piel de Maruja, y su soledad volvía más punzante.

Un día pasó frente a la casa en donde ella había vivido; y subió esos escalones que recibían la luz de soslayo de una ventanita que se abría sobre un corredor de azulejos rojos, y llegó arriba y vió nuevamente los dos cuartos amplios y la cocinita en donde ella, una tarde, preparara café; tenía puesto un delantal de cuadros blancos y negros que dejaba los brazos en descubierto, esos brazos dorados y finos que parecían oler a praderas y a amapolas. Acurrucábase en el suelo junto a él y los plegaba como alas cansadas.

Los dos cuerpos blancos, sutiles y largos hiciéronse aún más blancos, más sutiles y más largos cuando se despegaron de la esfera negruzca y avanzaron en el aire, celeste, brumoso; iban de la mano, manos transparentes que las mangas amplias cubrían en parte. No se veían los pies, pues las túnicas se juntaban debajo de ellos en una especie de cola fluctuante. Las figuras largas, de amplias túnicas, de anchas mangas y de cabellos cenicientos avanzaban, sin fatiga, entre las diversas esferas que, aunque todas fuesen del mismo color negruzco o azulado, a ratos, se distinguían unas de las otras con toda evidencia y sin razón alguna. El camino era, al parecer, extenso y no incómodo. Sin decir palabra, los dos seres giraban alrededor de las esferas negruzcas, circundándolas, reconociéndolas en su monótona igualdad... luego, en diagonal, cruzaban el espacio azulado para topar con otra

esfera... a veces creían flotar y la garganta se le cerraba angustiada; pero, retomado el andar en un mismo plano, los dos cuerpos deslizábanse como sobre hielo. De pronto, al acercarse a una esfera sintieron olor a farmacia, olor que no es siempre el mismo y que, para ellos, equivalía a uno dulzón y pegajoso...

Una voz llegó desde la orilla lejana, la orilla abandonada hacía mucho, una voz sin contenido, y en el espacio azulado dibujóse una mancha clara; en la mancha algo así como caracolas, dos tres, cuatro, iban formando los brazos de una cruz, y entre unas y otras estrellas, estrellitas curiosas, ojillos de corderos, mansos, de perros dormidos, de gatos ronroneantes llenaban el espacio... ¡el espacio! Esa mancha clara permanecía sola en el aire azul navegado por dos cuerpos blancos.

—Ya no temo morir.

Esa frase no fué oída por nadie y, vaya a saber, en qué orilla fué dicha, si en la de los cuerpos sólidos y ruidosos o allá, en el espacio azul y negro.

De pronto otras manchas se unieron a la primera e hicieron fondo a la cabeza cana del médico que, levantando su máscara de gasa, dijo sonriente:

—Ya lo ve Vd. que no fué nada.

Pero Carlos se sintió sofocar y comenzó a respirar con premura y fatiga.

Un cansancio terrible sentía dentro de sí.

Llevaba un coselete; grandes pétalos de margarita ceñían sus pechos erguidos y pequeños. ¡Oh, loca semana aquella junto al mar! Rosa habíase ido a Río y él se reunió con Maruja en Mar del Sud. Mar y médanos, arena huidiza como el mar, que escurría limpia entre dedos blancos. Maruja cubríase con ella y sólo los brazos en cruz bajo el sol. Tapábase los ojos con un pañuelo amplio, pero los mantenía debajo de él bien abiertos, pues gustaba perder la mirada en la inmensidad.

Ya atardecido, metíase en el mar, en donde los últimos rayos diluíanse en colores violáceos sobre el agua dormida.

—Si pudiera coger el agua —suplicaba—. si pudiera coger esta

agua de fachada de catedral italiana..., oro y plata, rosa y morado... ¡quién tuviera la ventura de absorber y sentir sobre el alma esos colores!

Y perdíase en una peregrina teoría sobre la génesis del mundo;

—En un comienzo fué el color... —riéndose se zambullía en el agua tibia.

A la salida tiritaba.. era muy sensible a los cambios; el más pequeño lo percibía ella. De noche despertábase veinte veces y cubríase o destapábase, removiéndose en la cama como un felino. En la alborada el pequeño cuerpo de Maruja erguía-se entero para atraer las cobijas que, impaciente, en la noche calmosa, había arrojado al suelo. Era el cuerpo de ella la cuerda del arco, encorvada, grácil y fina, dócil y fuerte. Apoyadas las rodillas en la mitad de la cama, arrojaba las manos al pavimento en donde, en alegre tanteo, buscaba las cobijas caídas, y allí estábanse jugando con ellas encantada de ese juego de luz y sombra de la primera mañana... o quizás para tentarlo...; fueron días deliciosos.

De noche, "les bras dessous dessus", decía ella, iban a la playa desierta. Casualmente era el plenilunio y la luna roja los acompañaba por trechos. Y en esa sombra plácida, azulada, mecida por el ritmo marino se confiaban las ansias más recónditas. Y todo parecía fácil y tierno.

Una noche contó ella su vida de pasión y Carlos sintió penetrar en sus carnes las punzadas más hondas de los celos.

Habíase acostado supina, las manos debajo de la cabeza, los ojos al cielo claro de la noche lunar. Era su decir como plegaria... musitaba las cosas no dichas nunca, quizás... Largos silencios tronchaban su decir... pero Carlos urgía, quería saberlo todo. ¿Por qué ese deseo imperioso de arrojar-se en las aguas pútridas de los días muertos y aspirar sus miasmas? ¡Aldeano!, gemiría más tarde envenenado por ellos. Porque una mujer te ofrende su cuerpo de diosa y su alma y sus días, ¿tienes que apropiarte de ese mar infinito que es el pasado, y estrujarlo y enfurecerte y dolerte si hallas un florecer de días tan esplendoroso como éstos, con que ella te obsequia?

Claro está que había amado: ¿es que se llega a darse, a entregarse tan magníficamente sin haber conocido antes la entrega torpe y hu-

millante? Habíase liberado de temores y de trabas, y sólo así pudo darle la dicha con su gracia "ni zafada, ni mogijata", como dijera Márquez, recordando a Goethe.

—Tenía poco más de veinte años y él... no sé; pero unos cuantos más. Por él abandoné mi casa. Él estaba casado; me decía: —Si fuera libre... Pero mentía; yo sabía que mentía. Me daba lo mismo. Yo no era de aquellas que lo quieren tener todo: arte, amor y vida. Pues la vida, la vida que tú tienes, que él tenía... Siempre supe que había que elegir y, sobre todo, que pagar. Y es justo. Posiblemente quise poner entre la vida regular y pequeña el escándalo para no poder volver atrás. Sería artista, me daría a mi arte... ya no podría ser otra cosa...

—¿Pero él?... —jadeó Carlos...

—¿Él? Qué sé yo. Han pasado muchos años: diez, quince. Él volvió a su vida, yo comencé la mía.

Y echó a andar, con lentitud, junto al mar que lamía más y más la arena...

Maruja calló dolorida. Odiaba la confidencia requerida; ella no preguntaba jamás. "Ma vie est a moi" —protestó un día encerrándose en un mutismo hosco.

De lejos le venía a Carlos el manosear en el existir del ser amado. El amor trae cohabitación y coexistencia, presente y pasada. El amor lo daba todo: el derecho al abrazo y a la bofetada. Venía de lejos, de esa gente avispada y suspicaz, apasionada y prepotente, cuya sangre llevaba en sus venas.

—¿Recuerdas las palabras de Mann? Pregunta a los cantores de la Capilla Sixtina cuánto les cuesta su arte. Vosotros, de puro pensar en el rendimiento, dejastéis de pensar en lo que es menester dar a la tarea. ¿Y cuando la tarea es arte, es decir, vida?

Sin embargo, otra noche, sin que le pidiera nada, contó de sí. Había estado a punto de casarse, antes de llegar a Buenos Aires. En París, y con un refugiado.

—Un refugiado... un verdadero refugiado. Había sido uno de los jefes de una revuelta abortada. Era un hombre plácido y tenaz, sin vanidad alguna. ¿Lo puedes entender tú? —preguntó sonriente a

Carlos, que se sintió herido—. Sin temperamento político, diría yo. Conspiró por asco hacia todo aquello. Ese asco que el europeo aprendió a sentir en sus largos siglos de lucha...; pudo escapar y nos conocimos en donde todos se conocen: en París. No, no fui su amante... —rióse—; él veía el mundo ordenado y claro; debía ser un socialista sin saberlo.

Maruja se vengaba de la curiosidad de Carlos.

—¿Y qué fué de todo? —inquirió Carlos.

—Faltaban dos días para casarnos... y volvió a su patria. Comprendes, si no se entregaba, iba a sufrir la familia: su madre.

Dejóse caer en la falda plateada de un médano.

—Era un hombre raro. Los que lo conocían decían que era un ser extraño. Yo lo entendí y lo aprobé.

Calló; y luego:

—No supe más nada de él. Quizás no haya podido avisarme; quizás haya preferido dejarme en completa libertad. Ya lo ves, es lo mejor. Yo no sirvo para ser fiel.

La playa quedó, de repente, envuelta en la obscuridad; el ruido de las olas que golpeaban con fuerza contra las rocas se hizo sentir pavoroso. Maruja, agregó, en voz baja:

—Mi arte, mi vida, perdió todo su sentido.

“Pero qué crueldad la mía al contarte cosas de las gentes. Tú te afliges y te avergüenzas de afligirte. Si lo sé yo. Es que a mí también me ha pasado. Cuando muy joven me hablaban a mí también de “las gentes”. Las gentes eran las personas a quienes se había amado ¡Cuánto sufría yo! Y qué cobarde era. Figúrate, llegar a comprar rosas blancas porque a las gentes les gustaban. ¿Qué es el amor? ¿Es condena o cadena? Los antiguos hablaban de Venus con espanto, pues sus venganzas eran atroces. ¡Ay del que la desafiaba!: Mañana amará quien no ha amado nunca; mañana amará quien ha amado. Es un viejo himno latino que me hizo aprender mi profesora de humanidades hace muchos años. Era una mujer terrible y de voz profunda... cómo resonaban los antiguos versos en la clase amplia y desmantelada. Afuera caía la nieve lenta y se amontonaba sobre las techumbres... ese blanco, esplendoroso... y arriba el cielo gris. Gris o plata bruñida. En el atardecer, llena el aula de penumbra, los versos añejos me llenaban de miedo.

Perdiase luego en las remembranzas de su adolescencia.

—Si pudiera volver. Tú no sabes de cuántos pechos se levanta esta plegaria: volver. Tú no comprendes como en nuestras tierras sea connatural el dolor. Nadie se rebela; todo parece rezumarlo: las paredes viejas, las ojivas, las agujas que se pierden en los cielos grises. Una mañana, hace tiempo, creí verlo junto al Mercado Vecchio. La sangre dió un vuelco y se reabrió la herida; pero, en la tarde, en Santa Croce diluyóse en melancolía. Vosotros no lo entendéis el dolor y os rebeláis y protestáis como ante injusticia, mejor: *un tort*. Sois unos niños aún.

¡Maruja! El estar con ella lo introducía en un mundo no sospechado antes. Un mundo en donde el color y la luz tenían más importancia que las cosas tangibles y reales. Pero aún éstas adquirirían una transparencia de belleza y tornábanse cobertura cristalina de lo eterno. El mundo se llenaba de vida y de sonidos. Los actos refluían cargados de vivencia. El ademán se simbolizaba proyectado en aura sutil. El existir, aún el más humilde, adquiría una categoría tal que todo se transformaba en gozo. Como si viera todo por vez primera: el árbol que se desmadeja al sol de primavera, el baño que se vaciaba con un ritmo de letanía, el pan moreno en la leche azulada... Las cosas, las pequeñitas cosas, las pobres cosas humildes se juntaban en guirnaldas gozosas alrededor de su pasión. Y ésta brillaba como una figura de della Robbia entre las frutas entrelazadas.

RENATA DONGHI HALPERÍN,

EL PAPEL SOCIAL DEL ESCRITOR RUSO

EN los tiempos turbios en que vivimos, cuando las ideologías más extrañas provocan colisiones armadas y derraman torrentes de sangre; cuando hay que luchar, no digo por la libertad, sino por el derecho a la vida, la conciencia de cada individuo pensante, y a través de ésta la de familias, clases, corporaciones y naciones, busca afanosamente la justificación de los actos propios, de los de su familia, clase, corporación y, por fin, de los de su nación. Este anhelo de justificar su conducta aumenta aun más la confusión, pues, el gesto más común, por ser el más fácil, consiste en echar toda la culpa a otros. Así nacen las discordias familiares, las luchas de corporaciones y clases y, como expresión final del proceso de integración de los choques infinitesimales de opinión, la xenofobia; signo supremo de la decadencia moral y de perdición nacional.

La gente serena, al ver que el mundo se encamina por andurriales fangosos y torcidos, hace tiempo se esfuerza en darse cuenta de lo que sucede, explicar los fenómenos sociales y luego políticos, establecer las responsabilidades, y aun intenta tomar en sus manos la dirección de la conciencia pública, y, a través de ésta, influir sobre las masas poco ilustradas, pero sedientas de la suprema justicia. En qué consiste ésta, nadie lo sabe: ni los presuntos directores de la conciencia pública ni las masas. Aquéllos buscan definirla en discursos, ensayos literarios y panfletos políticos, mientras que éstas no van más allá de la sensación de que tal justicia debe existir en alguna parte —como el pájaro azul— y la reclaman, ora con tranquilidad, pero obtusa porfía, ora con vehemencia revolucionaria.

Que los círculos intelectuales, y sobre todo la gente de letras —clase que desborda ya de su cauce, reclutando colaboradores en

todas las profesiones liberales—, sienten ahora su responsabilidad comprometida y quieren participar en la solución de vastos problemas sociales y políticos, nada lo comprueba mejor que las manifestaciones de la vida intelectual en los países jóvenes. Parece fabulosa la cantidad de instituciones culturales y revistas que se fundaron, de libros que se publicaron, en América, en estos últimos años; y la radio revela una marcada tendencia a establecer el contacto directo con el gran público; aun con el pueblo. En las capitales y provincias se forman asociaciones como si se cortara un pedazo de la sociedad local y se conviniera de que todos los que están dentro del sector cortado cultivarían, desde mañana, ciertos deportes, o música, o letras, o cualquier otro arte u oficio intelectual. ¿Qué son aquellas iniciativas si no el deseo de agrupar alrededor de un núcleo inicial a los simpatizantes con ciertas ideas políticas o corrientes intelectuales? Por apolítica que pueda parecer una agrupación regida por los intelectuales, lleva siempre el sello de la inclinación de sus fundadores. Son actividades que revelan el ansia de apoyo, de comunión con los correligionarios desconocidos.

Yo necesitaba este largo preámbulo para entrar en lo vivo de mi tema, y tomar mi punto de partida. Esta inquietud, este despertar de la conciencia intelectual, que en el Occidente es cosa relativamente reciente, en Rusia ha sido la razón de ser de sus escritores, desde que, con Pushkin (1799-1837) y Gógol (1809-1852), las letras nacionales se libertaron del yugo occidental y se sintieron rusas. Hubo una razón para ello. Rusia, desde Pedro el Grande, vivía una vida anormal. No cabe dentro de esta breve síntesis la exposición de los motivos históricos que determinaron la tragedia del pueblo ruso. Basta con indicar que el derecho de la servidumbre, que fué una de las razones principales del abismo que separaba al pueblo de las clases superiores, llegó a ser, en los principios del siglo XIX, un arcaísmo intolerable para la conciencia de hombres ilustrados. Los intelectuales rusos sintieron su responsabilidad comprometida con un siglo de anticipación sobre el Occidente, donde las anomalías sociales, de un orden ya más elevado, provocaron la confusión actual y la reacción correspondiente.

El despertar de la conciencia rusa tuvo su más hermosa expresión en las letras que se hicieron su voz e imagen artística.

"Lo que admiro en la literatura rusa, me dijo un día un intelectual chileno, es que no hay en ella literatura". Esta expresión, extraordinaria por su fuerza sintética, y que yo envidio a su autor, señala la primera y la más grande particularidad de las letras rusas. Mas significa sólo *sinceridad*, que es función de la *conciencia*, indicadora del camino del *deber*. Una mayoría abrumadora de escritores rusos lo cumplieron con una aplicación ejemplar y, algunos, con éxitos resonantes. Estaría tentado aun de afirmar que todos los escritores rusos cumplieron con su deber; pero hay que dejar un margen a la imperfección y a la falibilidad humanas; si no, estaríamos entre los santos.

Con esto no quiero decir que el cumplimiento de su deber social —pues no hay otro para un escritor— sea un privilegio de las letras rusas; pero la forma en que lo cumplieron, tiene muy escasos ejemplos en las letras occidentales.

Tengo que abrir aquí un paréntesis. Los escritos sobre temas políticos del momento no pertenecen al dominio de las letras propiamente dichas. Entre los literatos rusos hubo hombres de gran talento que se dedicaban a la propaganda de ideas políticas, como Hertzen (1812-1869), por ejemplo, hombre de capacidades intelectuales excepcionales, y que escribía en francés, alemán e inglés con la misma facilidad que en ruso, y en un estilo irreprochable. Hubo muchos otros: Bakunin, el anarquista príncipe Kropotkin, etc. Ellos también procedían de acuerdo con su conciencia y cumplían con su deber como lo entendían; pero su obra, como cualquier otra de esta índole, no tuvo la virtud de ser respetada por el tiempo. Un gran periodista me hizo un día la siguiente definición de lo que es un buen artículo de actualidad: "el que conserva un gran interés hasta mediodía". Para cualquier libro sobre un tema político, llega este "mediodía", apenas cambia la conyuntura que lo provocó. Y con esto cierro mi paréntesis, en la esperanza de haber explicado de qué categoría de letras hablo.

El gran arte de servir a su pueblo consiste en pintar la vida corriente sin una palabra de política, de crítica o de reproche, y sin sacar la moraleja. Pero hay que hacerlo en forma artística, para que el cuadro quede en la memoria del lector para siempre, y que la conclusión se imponga por sí misma. Tal es el cuento de Gógol "El

Gabán", del cual, de acuerdo con la expresión pintoresca de Dostoievsky *salieron* todos los escritores rusos del siglo XIX, que era el siglo de oro de las letras rusas. Fué la primera revelación del drama mudo de una de aquellas existencia borradas, que codeamos todos los días, sin darnos cuenta de que son seres humanos que sienten y sufren como nosotros; a los que consideramos, no se sabe por qué, como inferiores a nosotros; a quienes no hacemos más caso que a un objeto inanimado que vemos sin verlo. Fué también la primera revelación de lo que se pueda hacer de un sujeto insignificante y grisáceo, que no tiene de sí nada de llamativo, notable o característico. Bashmáchkin, el misero héroe de "El Gabán", existe en todas partes, entre todos los pueblos, en todos los ambientes. Mas su imagen, trazada por Gógol, aguijonea nuestra conciencia; y ésta es un compañero molesto, que vuelve siempre a importunarnos en los momentos más inesperados.

La obra principal de Gógol, "Almas Muertas", que para un lector superficial parece ser una obra satírica divertida, es en realidad una risa a través de lágrimas. Son cuadros de la vida campestre, del estancado ambiente de los terratenientes nobles, patrones y dueños de "almas", de siervos de la gleba. Pasaron ochenta y tres años desde que fué abolido el derecho de la servidumbre, y sin embargo, Chíchikov, el personaje principal de "Almas Muertas", continúa paseando en su carretela a través de Rusia; traspasó aun las fronteras de su patria y viaja por el universo, llevando consigo la galería entera de sus compañeros. Son tipos eternos, tipos humanos, desesperadamente universales, como los zapatos y vestidos que llevamos.

Es mucho más difícil explicar el papel de Pushkin, cuya obra puede calificarse, sin exageración, de titánica, pues señaló el principio de autoconciencia nacional. Fué él quien, por primera vez, reveló a los rusos lo que eran; quien levantó el velo que recubría la fuerza latente del genio popular; quien descubrió lo que el pueblo podía esperar de sí mismo. Y eso sin alabarlo; sin decirle que era un pueblo grande, poderoso o virtuoso; sin ocultarle sus vicios y defectos. Hizo más, encontró el idioma común a todos los rusos, y cuyo sentido universal les permitió, no sólo comprenderse a sí mismos, sino que penetrar profundamente en la idiosincrasia de los pueblos occidentales, a través de versiones rusas de obras extrañas inmortales; versiones que no pierden ni una sola gota del contenido espiritual, que sus

autores vertieron en ellas. La universalidad del genio ruso tiene profundas raíces históricas, y puede ser observada aun en los tiempos remotos, pero Pushkin la hizo obvia y consciente de sí misma.

Un ejemplo característico de la labor social directa, cumplida por los autores rusos, lo da Turguenev, con sus "Relatos de un cazador". Los veintiún cuentos que componen el tomo, fueron publicados, cada uno separadamente, en las revistas contemporáneas (1847-52), sin ninguna objeción por parte de la censura tsarista, la cual, en los tiempos de Nicolás I (1825-55), era feroz. Pero, cuando los mismos cuentos aparecieron juntos, en un solo volumen, el gobierno los consideró —y con razón— como una obra revolucionaria. Turguenev fué confinado en sus tierras, y luego prefirió emigrar. Pero quedó su obra, imperecedera por su valor puramente artístico, y que nunca desaparecerá de ninguna colección de libros rusos, por modesta que sea.

El espacio me falta para multiplicar los ejemplos, pero basta leer las obras nombradas, para comprender que el papel social, tal como lo entienden los escritores rusos, no tiene su parecido en las letras occidentales. Sólo en estos últimos años se observa, principalmente en la literatura anglosajona, la tendencia de seguir el mismo camino. Pero en el siglo XIX Inglaterra era la única nación en cuyas letras hay posibilidad de hallar el eco y aun precedentes de la manera peculiar rusa. Hay críticos que afirman aun que Gógol es un secuaz de Dickens. Hay otros que lo niegan. Pero a mi entender, la discusión carece de sentido, tratándose de dos autores que eran gigantes en sus letras respectivas, y que tuvieron una influencia marcada sobre la evolución de la conciencia pública contemporánea, uno en Inglaterra, otro en Rusia; resultado que nunca hubieran alcanzado si no fuesen peculiarmente inglés uno y ruso otro. Sería mucho más interesante buscar la razón de esta manera común de entender el deber social de un escritor, pues es algo que no puede depender de la mera casualidad; que tiene su raíz en la idiosincrasia de los respectivos pueblos; en su tolerancia y comprensión panhumana; resultado directo de la vida interna de dos grandes imperios, en comunión con razas y pueblos de distintos credos, civilizaciones y culturas; resultado también de la costumbre de mirar hacia horizontes ilimitados, terrestres en un caso, y oceánicos en otro.

Muy distintos entre sí son los modos en que entendieron y cumplieron su deber social León Tolstoy y Dostoievsky, los dos más grandes escritores de los tiempos modernos, y no sólo en la literatura rusa, sino universal. Los héroes de Dostoievsky parecen hasta antinaturales a los lectores occidentales, mientras que los tormentos de conciencia de Tolstoy sirven todavía de tema para numerosas monografías en todos los idiomas europeos y aun asiáticos. ¿En qué está la diferencia entre ellos? Tolstoy es un revoltoso, que negó al Dios de su pueblo, y quiso hacerse uno a su modo propio; y en este intento fracasó. Pero su orgullo intelectual desmesurado; su tendencia de resolver el problema de la fe por medio de la razón, en vez de dejarlo al arbitrio del corazón, caen muy bien dentro de la mentalidad racionalista occidental, y así se explica que ningún crítico extranjero jamás se quedó perplejo ante un escrito o un personaje de Tolstoy. En cambio, Dostoievsky parece revelar a los occidentales un mundo no sólo desconocido, sino incomprensible, tan difícil les parece seguir el pensamiento de alma de sus personajes. No digo que la lectura de las obras de Dostoievsky sea fácil; ni para los rusos. Pero la dificultad no está en el esfuerzo que tenemos que hacer para descifrar el temperamento de sendos personajes, sino porque el relato, recargado de razonamientos contradictorios, se desarrolla con una despreocupación absoluta por el estilo y los detalles descriptivos, es decir, sin proporcionar el menor descanso. Una novela de Dostoievsky hay que tragarla de un aliento, a tal punto se entrelazan las réplicas y la acción de los distintos personajes. Pero aparte de eso, sus héroes son gente cualquiera; pertenecen a este género humano apasionado, justo e injusto, creyente y ateo, sabio e ingenuo, que ama y odia; en una palabra, que vive. Lo único difícil de comprender en ellos es que todos poseen una conciencia cristiana, que puede pecar, desviarse del justo camino, caer en abismos de vicios, desmenuzarse en gestos y acciones despreciables, pero sin perder nunca la esperanza de redimirse. Claro que para muchos lectores occidentales eso parece cosa de otro mundo.

En breve síntesis, Tolstoy es el representante de la Rusia pre-revolucionaria, que buscaba su camino, rompiendo todas las formas convencionales de la vida y derribando a todos los dioses; mientras que Dostoievsky es el reflejo de la conciencia rusa que encontró su camino y lo indica a otros.

No sé si la paradoja de que la fuerza destructora es también una fuerza constructora, puede defenderse. Pero, si necesitamos un ejemplo, para la demostración de este aforismo, el de León Tolstoy puede servirnos. He aquí otra razón, por la cual los occidentales aceptan a este autor sin protesta. El Occidente no entró todavía en su período constructivo. Es el campo de lucha de la destrucción con la conservación, que nada tiene que ver con la tendencia constructiva. En Rusia, la revolución, envolviendo en su tormenta a las letras, las obligó a atravesar una crisis aguda. Durante varios años no existían otros temas que los sociales, y no porque eran impuestos, sino que la vida no proporcionaba otro material. La lucha por la perfección artística consistía, entonces, en conseguir la imparcialidad en la descripción de los personajes sacados de la vida real. En otras palabras, el autor quiso obedecer la voz de su propia conciencia y no la de orientaciones políticas. Este fin ha sido brillantemente alcanzado, y las letras rusas volvieron —con Alejo Tolstoy y Miguel Shólojov a la cabeza.— a la tradición de Pushkin y Gógol, habiendo cumplido, por el camino, un gran deber social, al ayudar al pueblo ruso en la tarea de aportar correcciones a la doctrina política, dentro de la cual no ha podido encerrarse el genio popular.

PABLO SCHOSTAKOVSKY.

Olivos, 8 de septiembre de 1944.

POLEMIQUILLA OCIOSA

PIRANDELLO ¿DRAMATURGO O CUENTISTA?

LA editorial Losada ha publicado la versión del Dr. José M. Monner Sans de dos obras de Pirandello: "Cada cual a su juego" y "La vida que te di". El tema de esta nota, pues no pretende ser otra cosa, no es ni la versión, ni el prólogo en su totalidad, sino unas pocas páginas escritas en tono de polémica que nos sorprendieron, y que sorprenderán a los lectores, si es que serán tan atentos para ello.

Veamos cuales. Después de una comparación entre el cuento que le dió origen y la comedia "Cada cual a su juego" se afirma: "El examen de este doble proceso creador permitiría opinar sobre sus aptitudes en uno y otro género. Me consta que hay quienes sinceramente ponen al narrador muy por encima del dramaturgo". Por haber sido quien escribe estas líneas la que en Buenos Aires (en sendas conferencias pronunciadas en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires y en la filial de Mar del Plata, y luego en un artículo publicado en el N.º 73 de la revista "Nosotros") por primera vez hiciera tal observación, es natural que me sienta aludida y también... ¿cómo decir? ¿ofendida o sorprendida? al leer el párrafo siguiente: "Y todavía hay quienes se complacen en desdeñar los triunfos de Pirandello en el teatro... acaso porque en el teatro logró Pirandello su máximo triunfo". Claro que cuando el "esprit" es de tal calibre se prefiera no citar a quien va dirigido, sobre todo si se trata de una dama.

"En cambio otros críticos consideran que —dadas las peculiaridades del arte de Pirandello— sólo en el escenario pudo expandirse integralmente su capacidad de autor... De ahí que el tema debiera tratarse con cierta posible *objetividad* partiendo de las "novelle" (¿por qué no emplea el Dr. Monner Sans el término cuento que le

equivale?) anteriores a 1910, año de su iniciación, para formularse estas preguntas: 1.º si en los cuentos de Pirandello —presentación de personajes, diálogos, situaciones— no están latentes sus aptitudes de dramaturgo; 2.º si al trasladar algunos cuentos al escenario, el escritor atina o no a substituir la técnica indirecta del relato por la técnica directísima que en el teatro impone?; 3.º si sus aptitudes de dramaturgo —originalidad temática, inventiva, en la acción, renovación formal— justifican la mundial resonancia que, a partir de 1921, alcanzó en el teatro.

Sin haber *estudiado con detenimiento* las cuestiones propuestas en las dos primeras preguntas, *mi impresión es...* En verdad, no se comienza exigiendo *objetividad* para terminar dándonos *impresiones por desconocimiento del tema*. Sin embargo en el trabajo que el Dr. Monner Sans conoce, aunque no cite, esas dos primeras cuestiones, que deja sin resolver por carecer de conocimiento, están resueltas por alguien que ha estudiado a Pirandello y algo de literatura italiana: "Los personajes de Pirandello ("Nosotros" N.º 73, casualmente el trabajo "Pirandello: el cuentista y el dramaturgo" va a continuación de uno muy interesante del Dr. Monner Sans: "El mejor teatro de Laferrere") actúan y piensan, y nosotros los conocemos a través de su actuación y de su pensamiento. Esto nos enseñaban las retóricas antiguas. La narración de Pirandello es relato de hechos, relato de acción, de dramas. El relato del drama es, en gran parte, el *drama mismo*, sobre todo cuando el autor deja a sus personajes en libertad para que actúen frente al lector sobre un tablado que es la tierra misma que los alimenta, y rodeados por el coro de su gente. La línea entre la acción y el relato se borra, y en el cuento *hallamos en ciería el teatro*. (Sigue un ejemplo)... Podríamos multiplicar las citas: diálogos vivos, llenos de *vida directa*, más *dramas que relatos*, pero, a pesar de lo concedido, cuando un género se ha desglosado de otro y está allí al alcance de quien quiera usarlo, importa el no haber acudido directamente a él para expresarse".

Citando lo que acabamos de citar no hubiera tenido necesidad el Dr. Monner Sans de tomar por las solapas al tan querido Prof. Terracini (a quien el Dr. Monner Sans califica de "ilustrado Profesor" cuando en realidad es algo más, pues es uno de los más eminentes filólogos italianos, de renombre universal) y hacerle confe-

sar... pero oigamos con atención al Dr. Monner Sans: "Hasta me ofrece algunas (*pruebas a la vista*) un reciente trabajo del ilustrado profesor italiano Benvenuto A. Terracini, quien aunque confiesa querer más los cuentos que los dramas de Pirandello, dice de uno de aquellos, *La giara*, lo siguiente: "El contraste entre las dos formas de testarudez campesina hace que el interés se concentre en el diálogo, en lo dramático; el cuento no sirve sino para juntar y graduar las situaciones sucesivas y por esto es tan seco". (Al margen de los cuentos de Pirandello ⁽¹⁾). Leído lo cual, advertimos en seguida cómo los elementos sobresalientes del cuento son justamente los esenciales en el teatro: diálogo y situaciones. Y algo análogo afirma Terracini de otra "novella" del autor".

En verdad no captamos la relación que existe entre esta cita del trabajo de Terracini, que parece responder a la cuestión planteada en la primera pregunta, y la simpatía que el Dr. Terracini confiesa tenerle a los cuentos.

Por un momento padecemos la tentación de copiar las palabras iniciales del trabajo del Dr. Terracini, que amablemente ha dedicado a la autora de estas líneas, precisamente aquellas: "...estoy de acuerdo con Vd., señora; a mí también los cuentos de Pirandello me gustan más..." pero nos preguntamos luego: ¿es qué vale la pena?

¿Qué importaría al estudioso, buscador de verdades, el contraponer a la afirmación rotunda de Monner Sans: "A la cuestión propuesta en la tercera pregunta he dedicado un libro (El teatro de Pirandello) y varios párrafos de otro (Panorama del nuevo teatro). Basándome en ellos sostengo que, temperamentamente dramático, Pirandello debía obtener su máximo triunfo en las tablas. Y así ocurrió", esta otra con que concluía el trabajo publicado en "Nosotros"... "Si como narrador continúa la técnica del siglo XIX, como dramaturgo confluye en ella despeñándose de las cimas frías de la cerebración.

"Este último aspecto hizo olvidar el primero y sus obras despertaron admiración y resistencia. Resistencia sobre todo en Italia; admiración en pueblos que, o por la poca cultura o por saturación de cultura, buscan más lo raro, lo extraño que lo bueno.

(1) Ver INSVLA Nos. 4 y 5, trabajo aún inconcluso, cuya terminación se dará en el N.º 7.

"Lo que de caduco hay en la obra de Pirandello logró darle popularidad y gloria, lo que hay en ella de eterno pasó inadvertido. Y era natural que así aconteciera, pero cuando lo actual dejará de gravitar sobre lo substancial, entonces Pirandello surgirá por sus narraciones perfectas, maravillosas; al fin y al cabo ante lo grande no valen escuelas, ni modas; ni hay géneros ni tendencias superadas. La obra de arte es o no es, y su persistir en el tiempo no depende de la mayor o menor actualidad de ella".

O estas otras palabras (del trabajo "El mundo de Pirandello", publ. en "De Mar a Mar", N.º 6): "Antes de estudiar a Pirandello debemos hacer un trabajo previo de purificación. Es menester olvidar mucho de lo que ha sido escrito sobre él y, especialmente, aquello que escribieron personas que, desconociendo la literatura italiana, insisten en relacionar a este gran italiano con expresiones hiperbóreas, ajenas a él y a su arte".

¿A qué seguir sobre el tema? Se nos ocurre pensar que en toda afirmación rotunda hay siempre algo de puerilidad y de mal gusto (¡oh, venerada sombra de Montaigne!). Además sentimos que mucho debemos agradecer al tan estimado amigo, Dr. J. M. Monner Sans, por lo pronto el que nos haya leído y nos refute tan briosamente (con *pruebas a la vista*), y que nos haga el honor de buscarlas en un trabajo que publica INSVLA, inconcluso por añadidura.

R. D. H.

DE NUESTRA TIERRA

LA CIUDAD DE LOS TOLOMBONES

“...y save que prendió por su persona al cacique Chumbicha hermano que dicen hera de Calchaquí en el propio valle de Calchaquí en el pueblo de los Tolombones...” —
Información de oficio de los servicios hechos a Su Magestad en la gobernación de Tucumán, por el capitán Hernán Mexía de Miraval.

HACÍA ya algún tiempo que una pequeña misión del Museo Etnográfico, integrada por su Director, Francisco de Aparicio, José Antonio Güemes y el que esto relata, recorría los valles de Calchaquí y Santa María en busca de ruinas arqueológicas. Hasta entonces las andanzas habían sido en vano, pero nos bastaba recordar que esta región, áspera y quebrada, había sido la tierra de indiadadas numerosas y sedentarias, que hicieron larga y reñida la conquista, para conservar las esperanzas. Un día del mes de enero de este año, llegamos a la finca de don Abel Michel Torino, en las cercanías del pueblo de Tolombón, sobre el valle de Santa María, que aquí es ancho, cubierto de viñas y de montes, con algarrobos añosos y potentes. Ahora estábamos allí atraídos por una noticia poco alentadora, algunas pircas desparramadas sobre el faldeo de los cerros y varias construcciones en un pequeño morro. Temprano emprendimos la marcha, pensando que íbamos a una de las noticias, que a veces —¡tantas!— obligan a largas jornadas infructuosas. Esta, por lo menos, ofrecía la ventaja de su cercanía y el saber que al regreso hallaríamos el reposo en la sombreada galería de la “sala”. Media hora de caballo, marchando por el lecho pedregoso de un riacho y llegamos al sitio indicado. Un monte ralo de arbustos y árboles de cortezas resacas y espinosas, hostiles y fuertes, cubría la extensa mesada que se elevaba

suavemente hasta el pie de los altos cerros, que por el occidente flanquean el valle. Los tres nos echamos a andar, bien advertidos los ojos, con la ansiedad que no sabría describir. Pronto descubrimos las primeras pircas entre el monte. Eran sólidas, anchas, las piedras asentadas unas sobre otras con prolijidad, encerrando espacios rectangulares del mismo suelo que ha sorbido tantas generaciones de indios. Así fuimos localizando varias ruinas de viviendas, una al lado de la otra. Comenzamos a mirarnos y a apurar el paso. Aquello prometía y hubiéramos querido ver todo de pronto, pero las espinas y el ramaje agresivo calmaban las impacencias. Así anduvimos largo rato, gritándonos los hallazgos, indicándonos la anchura de esta pirca, o la puerta que se advertía en aquella, la magnitud de esta habitación, o los círculos de piedra que indicaban los sepulcros. Habíamos descubierto una ciudad que cubría muchas hectáreas, con una cantidad de habitaciones que no acertábamos a calcular, agrupadas y dispersas. Acaso, al leer esto, se esté recordando Micenas, Troya, Pompeya o la *Città de D'Annunzio*, las columnas con capiteles, las hojas de acanto, los ricos hipogeos, acaso los muros ciclópeos del Cuzco o los bien ordenados barrios de Machu Pichu. Nada más distinto. Las ruinas arqueológicas de nuestro país son de presencia humilde y no ofrecen a la vista más que el espectáculo de sus pequeños muros de piedra, simplemente sobrepuesta, que son los únicos restos que quedan de sus derrumbadas viviendas. El techo de cañas torteado, las puertas, todo ha desaparecido; sólo quedan las pircas derrumbadas, que algún profano confundiría con corrales, y la infinidad de tiestos sembrando los lugares.

Aquí los restos de las viviendas se extendían innumerables por toda la mesada, casi cubiertos por la vegetación. En aquel primer día no alcanzamos a reconocerlos en su totalidad. Evidentemente estábamos ante un hallazgo de magnitud inesperada, aunque largamente deseada por todos. Las pircas del anuncio se nos habían convertido entre las manos en una ciudad. Luego, sentados bajo la sombra mezquina del monte, el entusiasmo exaltaba la conversación. Necesitábamos comparar para darnos a nosotros mismos una idea de lo que acabábamos de hallar; y en verdad, esto nos parecía más grande que La Paya, que el Pucará del Tilcara, que la ciudad de los Quilmes. Aun seguimos pensando que es la ruina arqueológica más grande que

se conoce en la Argentina. No podíamos moderar la impaciencia por excavar, aunque solo fuera una sola de las habitaciones, y comenzar a extraer los vasos, las urnas, los viejos cráneos calchaquies, las manoplas, los discos, los cuchillos de bronce. En un instante imaginábamos el material opulento, las grandes series de vasos, con víboras, sapos, grecas, el rostro de muchas urnas. Pero había que seguir e ir con calma; había que desmontar, hacer un relevamiento minucioso de las ruinas; luego el trabajo fuerte de los picos y palas lanjando el suelo, el cuchillo prolijo que con tranquilidad va arañando la tierra hasta descubrir la pieza.

Teníamos que subir el cerro que flanqueaba la ciudad; desde allí la veríamos mejor. Mediaba la mañana cuando comenzamos a repechar la cuesta, empinada y áspera, por un camino de cabras, evitando cardones y pencas. El baqueano, con una psicología difícil para el porteño, nos dijo: "ahicito no más", y nos echamos a andar sin agua. Y sin esta agua, con un sol inevitable y con algo de puna que nos obligaba a tomar un respiro a cada instante, demoramos dos horas interminables. Todo el faldeo del cerro había sido fortificado con lienzos de muros sólidos y firmes; aquí y allá, algunas viviendas dispersas y muchas más en la cima. La ciudad entera se refugiaba, sin dudas, en el cerro, fácil de defender, en caso de peligro. Desde arriba se dominaba todo el llano, pero el monte impedía la visión de las ruinas. La sed atormentaba y hubo que emprender el regreso, cauteloso, apoyándonos en las piedras que quemaban, a veces arrasándonos. El recuerdo de la acequia cercana nos apresuraba. Ni hablábamos para ahorrar energías y la poca humedad que aun quedaba en nuestro aliento. Luego, cuando echados sobre las piedras bebíamos el agua que corría sobre un lecho de arena, calmada la sed, cuando encendimos un cigarrillo y emprendimos despaciosamente el regreso, la ciudad volvió a poblar la conversación.

Esa noche tembló la tierra en Tolombón. Si eran los "antiguos", como ahora andarán diciendo, no los sentimos, porque la fatiga y la alegría nos habían derrumbado sobre los catres de tientos.

ALBERTO M. SALAS.

T I E R R A A R G E N T I N A

NOTAS DE UN VIAJE AL CENTRO Y AL OESTE

"Reconstruir un público amigo de la verdad sincera, de la belleza sincera, un público pueblo, ni burgués, ni populachero, ni afectado, ni bruto, es la tarea formidable a la que nos hemos atado". — *Charles Peguy*.

I

No se trata de hallar un hotel confortable, una calle bien iluminada, una confitería suntuosa, un club con pileta de natación, canchas de tenis o salón de baile, en tales o cuales pueblos y ciudades del interior del país. La verdad es que el pueblo permanece ajeno casi por entero a estas manifestaciones amables (especialmente disfrutadas por las familias pudientes) y se le ve en los barrios pobres —lo he observado en las barrancas de Alta Córdoba, lo he visto en los suburbios de La Rioja y lo he contemplado, perdido, en el mercado de Santiago—, en tal medida que su sola presencia nos dice cuán lejos están de un nivel digno de país humanamente superior estas criaturas olvidadas.

Oigo decir que la mayor parte de estas gentes son escasamente útiles para el trabajo. ¡Dios santo!, cómo pedirles milagros si se han formado en la miseria y en el abandono, no viviendo sino más bien *tirando* a vivir, tratando de *durar*.

II

He visto a tejedoras de Atamisqui. Son mujeres hábiles, inteligentes. Cumplen su función con no poca eficacia creadora. Pero cuando uno piensa que esta labor es realizada para ganarse dura-

mente el pan de cada día y no respondiendo a una posibilidad artística, se siente una enorme tristeza y un gran dolor.

Existe, indudablemente, una superioridad emocional en la mujer de tierra adentro sobre el hombre lugareño. (Un ejemplo: incluso la "civilización chaco-santiagueña" ha sido edificada por mujeres). El río del amor y de la maternidad surge a la mujer de un resplandor exquisito para su alma, evidenciado plenamente en la cosa creada.

... Aquella joven mujer en lo alto de la barranca, con su guardapolvo agitado por el viento, tenía la dignidad espléndida de una victoria griega: tal su sentido profundo dentro de la naturaleza, sobre la tierra de la patria.

III

Junto a este pueblo austero se percibe una unidad temática, una unidad plástica cuya representación por la pintura debe ceñirse estrictamente a la severidad de la concepción y del dibujo y en el cual el color sobrio y nunca excesivo habrá de organizarse en rigor de arte.

Asombra, al contemplar tierras del Centro y del Norte del país, el campo de Buenos Aires, Santa Fe o Mendoza, cómo nuestros pintores se han alejado tanto del drama para atenerse a una simple representación pintoresca, sin rasgos del espíritu. Alarma tanto más esta situación de olvido, cuando salta a la vista en el hombre del interior su vivir permanente cerca del drama y de la tragedia; y aquí han preferido falsificarlo, adaptarlo a un uso frívolo.

Alienta, empero, ver que la escasa medida de observación y estudio detenido por la síntesis, y la despersonalización de años atrás, han dado paso ya a cierta preeminencia de planos y volúmenes, líneas y colores por la calidad e inteligencia pictóricas, todo lo cual testimonia el despertar de nuestra conciencia plástica.

IV

Yendo hacia el Oeste nos sale al encuentro la pampa con sus verdes campos, sus sembradíos, sus vacunos de raza. Así anda uno por cientos de kilómetros, con una infinita visión de cielo y tierra sólo alternada por algún mechón de montes (bosques) y pueblos

sencillos que apenas si osan decir su nombre desde las estaciones en tanto que alguna muchacha pasea en los andenes su mundo imaginario.

El silencio ahonda el paisaje. ¡Oh, las huellas del Oeste, la dulzura aquietante nacida de un rincón de césped verde, bajo el cielo con nubes que un paisano va desatando en el galope de su caballo que se pierde bajo los caminos de la lluvia fresca!

En San Luis —Fortín 71 Patria— la bandera azul y blanca flamea desde la escuelita pegada a las casas cuadrangulares, simples, candelosas, de geometría elemental y a la vez de sencilla presencia humana.

V

Medito, desde aquí, frente a estas casas de adobe levantadas con espontánea pero firme estructura, y pienso en palacios, edificios y residencias en que habrá de mantenerse auténticamente el carácter de ese construir primitivo elevado a su grado de perfección más alto y por lo tanto civilizado y culto; de este modo se hace posible vislumbrar la unidad arquitectónica del país con la participación integradora de lo típico de cada parcela esencial del territorio.

La Avenida Mitre, de San Rafael, pide una ciudad inmensa que mira hacia un porvenir de tres millones de habitantes. Así, de ancha y de libre, ha sido pensada la Argentina en su pasado próximo.

VI

Mendoza. En esta tierra de las vides, de los durazneros, perales, ciruelos y olivos, se comprende claramente a cuánto asciende el *milagro del agua*. Regiones secas, áridas han sido fecundadas y vueltas pródigas gracias a la influencia de tres ríos que descienden de la Cordillera —el Mendoza, el Diamante, el Atuel—. Por conducto de la ingeniería hidráulica se ha creado una tierra de abundancia hasta hacer de la primera provincia de Cuyo la huerta número uno de la República. Porque, en verdad, siendo Tucumán el jardín de la República, ésta es su huerta primorosa.

Mendoza, con sus erguidos árboles de variada belleza de troncos, ramas y follajes, va a constituir en el extremo oeste de la ciudad el gran golfo del Parque San Martín, de permanente verdor, para trazar

luego la cinta angosta del camino desnudo que prepara la ascensión al Cerro de la Gloria.

Aquí nos encontramos con el Monumento al Ejército de los Andes. De características realistas y figurativas en su cálido soplo romántico, de acentuado perfil de época, la fuerza conceptiva del artista obtuvo un efecto que responde noblemente a la épica hazaña. Sobre los bloques de piedra, el grupo escultórico de jinetes en una carga de caballería sostiene la bandera sobre la cual se levanta la estatua de la libertad, figura simbólicamente bella. Junto al grupo, en actitud de vuelo, se halla un cóndor andino.

VII

No deja de tener sal el lenguaje de la tierra: ese hablar cadencioso de grandes ritmos lentos y profundos, ese decir grave y socarrón, salpicado de ironía y verdad; quizá sea pobre en expresión, mas es rico en indentificación del hombre con su medio.

Resulta aventurado hablar de una cultura nacional, en lo que ella representa de monumento estético; empero, sí puede decirse que vive en el interior del país un serio movimiento cultural que elabora lenta pero firmemente, una cultura, una *expresión*. Esto es asunto de muchas generaciones: de infinitos instantes del renacer argentino sobre el desfallecimiento moral que nos acosa, hasta que, al tocar tierra —*tierra argentina*— nuevamente siente uno el despertar de una esperanza.

El gran problema, pues, consiste —ya que un país descansa sobre bases pequeñísimas de organización social— en que el elemento humano, el elemento pueblo de la Argentina entre —cristianamente— a formar su unidad indestructible. A tal punto es factor decisivo esta unidad, que la miseria sufrida por un solo hombre debe repercutir sobre todos los demás hombres, o por lo menos, en los más sensibles, trocando ese dolor en alegría, en salud creadora.

ROMUALDO BRUGHETTI.

Primavera de 1943.

Homenaje a
Francia
CLES

HOMENAJE A FRANCIA

Con la reproducción de las palabras pronunciadas por el Prof. Gregorio Halperín en el Colegio Libre de Estudios Superiores, el 25 de agosto, "INSVLA" adhiérese al homenaje a Francia liberada.

"El Colegio Libre suspendió ayer sus cursos y seminarios celebrando así la liberación de París y la de Francia toda, que se está consumando en estos momentos. Hoy no quiere reanudarlos sin decir por boca de cualquiera de sus dirigentes unas palabras sobre la causa de su alegría.

Es el hecho mismo de la liberación; es el ver a la Francia bienamada de nuestros sueños juveniles renaciendo a la libertad y al magisterio de la libertad.

El amor a Francia, que compartimos con todos los pueblos civilizados del orbe, no choca, lucha, ni se resta del celoso amor de patria en que nos hemos formado. En el ámbito de la cultura, en el mundo sin tierras del dominio espiritual, también hay patrias: son las concepciones y estilos de vida. La vida espiritual argentina está inscripta en el perfil de la cultura latina, que ningún país ha representado con brillo mayor que Francia en la edad contemporánea.

Desde que dejamos de ser colonia española los ideales de nuestro pueblo y

de nuestros próceres, los intentos y realizaciones de nuestros estadistas; las lecturas, el pliegue de las ideas, el giro de la lengua escrita de nuestros pensadores y literatos; el tono mismo de la vida civil y social argentina son bienes del espíritu que Francia ha compartido con nosotros y que nosotros le pagamos en alada moneda de amor.

Su resurrección nos alegra y reanima; sabemos con certeza que con ella resurgirá la Italia ingeniosa y artista, que recuperará su patria la flor de España; los pueblos oprimidos respirarán liberados y será posible sobre la tierra la convivencia de los hombres en la dignidad libre.

Recordemos. Recordemos el tenebroso silencio de plomo y ceniza que vivió Buenos Aires en los días insomnes de su caída, no menos elocuente en su lóbreguez présaga que la magnífica multitud que ayer por centenares de millares voceaba el milagro coreando el nombre símbolo: "¡Francia, Francia!" Recordemos, en abono de lo atenta que estuvo esta casa al significado de cuánto importa el influjo de Francia al rumbo y destino de nuestra propia vida del espíritu, entre otras muchas manifestaciones, el cursillo colectivo del año 1941. Estadistas, profesores y periodistas eminentes

hablaron en este Colegio sobre los hombres más representativos de la Francia de este siglo. Aquellas conferencias repercutieron hondamente en el espíritu argentino: eran la válvula de su congoja, la expresión de su esperanza obstinada.

Recordemos. Recordemos el mundo acobardado por la altoparancia de los dictadores ensoberbecidos.

El hoy desvaído señor Mussolini, pero entonces el resplandeciente, tonante y fulgurante *duce* del nuevo orden, proclamaba instaurarlo (son sus palabras temerarias) "sobre el cadáver putrefacto de la libertad".

Recordemos. Recordemos al convulso pontífice de la idolatría del Estado nazi ofreciendo al nuevo Moloch el sacrificio diario de libertad, dignidad y sangre humanas. "Caeré como el rayo en la noche", dijo; ¡*Blitzkrieg!*!, repitieron alborozados los suicidas del espíritu. Y cumplió su amenaza. Y Francia sucumbió fulminada. Pero si por culpa suya, o desdicha, no tuvo fuerzas para oponerse

y arrollar victoriosa la energía inmensa, diabólicamente bien orientada hacia el mal, conservó en su infinita agonía el deseo insaciable e inextirpable de libertad digna y jamás se resignó al papel de cómplice en la empresa de esclavizar al hombre.

Por ello el Colegio Libre, cuya finalidad única es servir con desinterés y en libertad al progreso del espíritu argentino, se siente conmovido en lo más hondo con la liberación de París. Es el hecho símbolo, la materialidad de sentido inequívoco y universal lo que acaba de acontecer: ya está ahí; su virtud ya obra en los espíritus; ya fecunda el destino del mundo. No sabemos cuál será ese destino, ni pretendamos disminuirlo a la estrechez de nuestra limitación personal. Bástenos saber lo que ya sabemos: que ni allá ni aquí prevalecerá la violenta imposición de lo incompatible con la dignidad del ser humano. Una vez más será verdad el llameante versículo de San Juan: *Spiritus, ubi vult, spirat* — el Espíritu sopla donde quiere.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

"LA PRENSA" CUMPLE SU SEPTUAGÉSIMO QUINTO ANIVERSARIO: Apareció "La Prensa" cuando nuestro país era una campifia pastoril primitiva con sus ciudades - aldeas, azotado frecuentemente por los vientos tórridos de los excesos de la pasión política y las luchas fraticidas. De entonces hasta ahora estimuló el progreso de nuestros modos de vida con los dos instrumentos de su misión: la información rica y veraz y el comentario certero. Vió establecerse las primeras cabañas de ganado fino, evolucionar y extenderse prodigiosamente la agricultura, crecer en igual proporción nuestro comercio internacional, nacer y diversificarse la industria, acrecentarse la cultura literaria, científica y artística, estructurarse nuevas fuerzas políticas. De esta evolución fué factor valioso, así como de la asimilación al país de la caudalosa afluencia de extranjeros, contribuyendo a aquel inconfundible estilo argentino de incorporarlos, sin xenofobias deprimentes y dejando que en la convivencia prevalecieran las fuerzas espontáneas de la simpatía humana.

Pero con ser inapreciables estos merecimientos, se vieron superados por la paciente firmeza, por el espíritu austeramente republicano con que durante setenta

y cinco años ha ido señalando, día a día, el derrotero político, inflexible en la censura medida, sobria en el elogio apreciadísimo. Sus progresos materiales corrieron parejos con los del país, pero su grandeza material no es lo que éste celebra en primer término; celebra el ingente acervo moral, el respeto que se ha labrado entre propios y extraños, en quienes las palabras de "*La Prensa*" gravitan con la fuerza de las abonadas por la honradez, la discreción y la constancia.

Auguramos al gran diario, para bien propio y de todos, nuevos y perdurables triunfos.

INSVLA.

UN CUARTO DE SIGLO DE AMERICANISMO EJEMPLAR: En el pasado septiembre ha cumplido veinticinco años de existencia el *Repertorio Americano*, la revista que dirige en Costa Rica don Joaquín García Monge. El *Repertorio* es una revista muy singular. La informa un ferviente deseo de servir a América, propendiendo a que América se conozca y se reconozca. La documentación sobre las letras y aun sobre la vida americana recogida en sus páginas durante un cuarto de siglo es en verdad prodigiosa: documentación viva y palpitante, de que no podrá prescindir quien intente un veraz conocimiento de este largo período. Cada número del *Repertorio*, disparado a los cuatro rumbos del Continente, ha sido como un mensaje de americanismo, que llevaba a cada destinatario el eco de muchas voces, lejanas geográficamente, pero afines y cercanas por la común entonación.

Don Joaquín García Monge ha realizado así una ingente faena de abnegación y de servicio que debe estimarse en lo muchísimo que vale; obra tan alta y meritoria por la intención como por la cabal realización. Sus amigos de Costa Rica, acompañados a la distancia por sus otros innumerables amigos de los demás países ibéricos, resolvieron festejar la fecha con diversos agasajos. Seguramente habrá sido un homenaje digno de la

personalidad y de la obra; pero la dispersión de nuestros pueblos y de nuestras gentes no habrá permitido que lleguen o se materialicen todas las adhesiones que suscita la ocasión por todo el ámbito continental. García Monge debe, pues, tener también en cuenta este callado homenaje con que se suman al festejo tantos amigos distantes, que son casi todos los que trabajan en nuestras comarcas bajo el signo del espíritu.

F. R.

Antonio Pedone prepara para el próximo año una muestra retrospectiva de sus obras, la que titulará "Treinta años de pintor", con cerca de ciento cincuenta telas.

(De *Cristal*, Córdoba, N.º 4).

Día del Escritor: La Sociedad Argentina de Escritores instituyó el 13 de junio, día del Escritor, por haber nacido en esa fecha (1874) Leopoldo Lugones, "quien fundó la S.A.D.E., fué el primero en presidirla, y brindó a la nascente institución el prestigio de su personalidad y una acción eficaz y entusiasta".

(De *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores*, Julio de 1944).

Censura de libros 1944

pide se proceda a secuestrar el libro.

(De *El Argentino*, La Plata, 1.º de septiembre 1944).

Profesores españoles emigrados: El año próximo pasado, del 20 de septiembre al 3 de octubre, se celebró la primera reunión de Profesores Españoles Emigrados, bajo los auspicios de la Universidad de La Habana, por iniciativa de la Unión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados, que preside el Dr. Gustavo Pittaluga.

Asistieron los siguientes profesores españoles: José de Benito, Cándido Bolívar, Pedro Bosch Gimpera, Demófilo de Buen, José Giral, Francisco Firal, Alfredo Mendizábal, Francisco Félix Montiel, Manuel Pedroso, Augusto Pi y Suñer, Gustavo Pittaluga, Fernando de los Ríos, Mariano Ruiz Funes, Paulino Suárez, Antonio Trias Pujol, Joaquín Xirau, María Zambrano y Luis de Zulueta. También estuvieron presentes profesores auxiliares o agregados de facultad de universidades españolas, residentes en La Habana. Se adhirieron, sin poder asistir por encontrarse fuera de Cuba, los siguientes profesores: Pablo de Azcárate, José Castillejo, Américo Castro, Luis Jiménez de Azúa, Tomás Navarro Tomás, Juan Negrín, Pedro Salinas, José Sánchez Trincado, Pedro Grases, Alvaro de

Albornoz, Diego Martínez Barrio, Indalecio Prieto y unos treinta más.

Las tres secciones que se repartieron los trabajos de la Reunión (Educación y cultura, Problemas sociales y Problemas jurídicos y económicos) se dedicaron al estudio de las ponencias respectivas, las cuales ocupan un centenar de páginas del libro en cuestión. En una sesión solemne plenaria, en el Aula Magna de la Universidad, se hizo la presentación del documento titulado "Declaración de La Habana", por el doctor Fernando de los Ríos, quien, además, hizo una explicación de su contenido. Dicha Declaración expresó la unanimidad absoluta de pareceres de los profesores congregados. En su texto se expresa: adhesión a la causa de las Naciones Unidas; colaboración en plano de hermandad con la América Hispánica; primacía del derecho internacional sobre la ley nacional; derecho de España a recobrar su poder soberano y escoger su gobierno. En un alcance a la Declaración, el profesor de Buen manifestó, haciéndose eco de los que habían colaborado en su elaboración: "Somos republicanos. Estamos seguros de que España volverá a la república".

(De *Correo de la Oficina de Cooperación Intelectual*, julio de 1944).

Diana Trilling y la novela contemporánea: Con motivo de una traducción al inglés de la "Bahía del Silencio", de Eduardo Mallea, traducción que redujo el texto original casi a la mitad, Diana Trilling, en "The Nation", estima que, aunque no se hubieran suprimido cien mil palabras en la versión inglesa, la novela de Mallea dejaría perplejo e insatisfecho al lector, y hasta se atreve a suponer que "si el libro fuese el doble de largo, el lector se sentiría dos veces

frustrado, más bien que dos veces recompensado", por la siguiente razón: "A cada paso hallo pruebas de una inherente vaguedad de pensamiento que mal se puede atribuir a la traducción o a las omisiones; recuerdo que otro tanto se advertía en *Fiesta en Noviembre*. . . No cabe duda de que el señor Mallea es un escritor refinado, culto, sensitivo, cuya intención uno adivina intuitivamente; pero me deja la impresión de que siempre anda con indirectas, en vez de decir claramente lo que piensa". Más adelante reconoce miss Trilling que "esta manera de discurrir no es privativa de Mallea, entre los escritores contemporáneos que se ocupan de la política. . . He tropezado con igual incapacidad para concretar un fenómeno político, enunciarlo claramente y desarrollarlo con lógica en el caso de numerosos novelistas europeos".

Con estos antecedentes y por tales razones, Diana Trilling no se atreve a culpar al traductor o a los editores por la "vaguedad" de *La Bahía del Silencio*, en su versión inglesa. A propósito de tal culpabilidad, Lewis Gannett, en su columna del "New York Herald Tribune", dice lo siguiente: "Mallea es un estilista, que escribe de acuerdo con una tradición latina; algo de la cadencia de su estilo se pierde al ser traducido y condensado. Pero la confusión y tenuidad de su actitud en materias sociales es un producto de la Argentina, no de su traductor norteamericano, como la insinuó Edmund Wilson en un mal informado comentario de reciente fecha. El señor Mallea, que escribe el inglés en forma excelente, dió su aprobación a la traducción inglesa".

(De Correo de la Oficina de Cooperación Intelectual, julio de 1944).

Ciclo conmemorativo de Nietzsche:

En la prestigiosa cátedra del Colegio Libre de Estudios Superiores se dió un ciclo de conferencias sobre el filósofo alemán, en conmemoración del centenario de su nacimiento; intervinieron en él Francisco Romero, Vicente Fatone, Ricardo Baeza y Leopoldo Hurtado.

La cátedra universitaria de literatura italiana en Buenos Aires: Traducimos de Domani: "Parecerá increíble, pero hasta 1940 en la República Argentina, cuya tercera parte de su población posee en parte o totalmente sangre italiana y tantas huellas ha dejado de su labor y de su ingenio, no existía una cátedra universitaria en que se enseñara nuestra literatura. Solamente en aquel año la cátedra de literaturas neolatinas (italiano, francés, portugués) se subdividía, y el Prof. Marone, conocido por numerosas publicaciones y conferencias que tendían al acercamiento de ambos países y a su recíproco conocimiento cultural, ganaba el concurso de literatura italiana".

Y tanto parece increíble que antes de la llegada del Prof. Marone el cultísimo Prof. Corti dictaba tal materia en la Facultad de Filosofía y Letras, mientras el Prof. Oria, no menos culto, dictaba literatura francesa. Podríamos citar también a la señorita Nella Pasini, que desde hacía mucho llevaba dos de los tres cursos de literatura italiana en el Instituto Nacional del Profesorado, con una seriedad y una competencia, amén de un patriotismo, *senza secondi fini e senza voltafaccia*, que hizo de ellos hasta el momento en que se jubiló, hace unos meses, verdaderos cursos universitarios.

• *La Trahison des Clercs:* Informaciones llegadas de París nos dicen que:

El Comité de Escritores con sede en París ha denunciado públicamente a Paul Morand, ex embajador de Vichy en Bucarest; a Louis Fernand Celine, apolo-gista de Hitler; a Jean Giono, Henri Montherlant y Jacques Chardonne.

La Academia Francesa expulsa a dos de sus miembros: Abel Bonnard, ex ministro de Educación en Vichy, y Abel Hermant, colaborador de un órgano nazi.

(De *La Nación*, septiembre 1944).

REVISTA DE LIBROS

LUIS REISSIG: *Anatole France*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1944.

Anatole France justifica realmente la formación de una de esas hermandades laicas de "amigos", tan prodigadas en Europa entre los hombres de letras antes de la guerra. Concedo que las justifique cualquier obra que vincule a un grupo de hombres en el culto rendido a una expresión excelente del espíritu; pero yo, personalmente, no las concibo sino cuando el objeto del culto es un escritor que ofrece en su obra a los fieles y devotos un modelo vivo de ciertos sentimientos profundos, humanos y cordiales. Aunque todo va en gustos, y no es metafísica ni físicamente imposible la constitución de una sociedad de amigos del marqués de Sade o de Casanova, de Licofrón o de Pérez Escrich, a mí me parece cosa natural afiliarme a una cofradía que tenga por patrono, por ejemplo, a Dickens y no a Dostoyevski, a Cervantes y no a Quevedo, sin que ello signifique negar mi admiración al extraordinario novelista ruso y al asombroso ingenio del satírico español.

Quien me haya seguido hasta aquí y sea o haya sido lector asiduo de Anatole France, admitirá la justificación del culto que sus incontables amigos dispersos le tributamos. Pues bien, entre ellos no descubro ninguno más cordial y digno

de serlo que el escritor argentino Luis Reissig. Desde el año 1931 él ha venido consagrando al examen de la vida y obra del maestro una dedicación desvelada y todas las artes de una inteligencia sutil, difícil de engañar. Desde entonces dictó sobre él varios cursos en el Colegio Libre de Estudios Superiores, de asunto siempre renovado. Todavía hace pocos meses le escuchábamos uno nuevo que permanece inédito. Con la materia de los anteriores, que ya dió tema diez años atrás a un primer libro, ha formado ahora una obra más amplia y completa de singular valor en la bibliografía crítica franciana.

No he de atreverme a definir, en el espacio de una breve noticia, el espíritu del maestro sin par de la tolerancia y la comprensión, diabólicamente seductor, ni a clasificar los elementos integrantes de su obra, cuando no creo haberlo conseguido en varios ensayos. Andando ese camino, a cada paso nos atajan difíciles problemas psicológicos y artísticos, a veces insolubles. Pocos escritores más complejos que Anatole France, lleno de vueltas, revueltas y contradicciones bajo su sonriente llaneza. Quienes creen haber aprendido su secreto, porque están leyendo una de las caras de su ironía o de su escepticismo, y fundándose en esa ilusoria creencia lo alaban o condenan, padecen una grave equivocación. Cuan-

do creemos tenerlo aprisionado, France, inquieto y escurridizo, se nos desliza de entre las manos. Si alguien sabe todo esto, ése es Reissig, empeñado durante largos años, "leyendo con calma y con amor sus libros", en arrancar el último secreto a tan desconcertante pensamiento, es decir, en acorralarlo en sus escondrijos más ocultos, persiguiéndolo sin descanso a través de sus giros y mudanzas.

Son muchas las interrogaciones que avivan el interés de este libro, algunas contestadas, otras sin respuesta segura. La verdad es que tampoco habría podido darla Anatole France en todas las ocasiones. Reissig muestra y documenta a través de las cuatro etapas en que él jalona el pensamiento del escritor, encarnándolas sucesivamente en Silvestre Bonnard, el abate Coignard, Luciano Berget y Pedro Nozière, cómo aquél "fué un hombre de mundo y no de biblioteca, y sus libros respondieron a estados de ánimo y convicciones de la hora, lo que hace de ellos vehículos de confesiones y de ninguna manera una labor literaria propiamente dicha". Así es, en efecto; pero sólo en parte, aquella parte que yo titulé en un antiguo ensayo "el aspecto social de su obra". Su conocimiento, en relación con los acontecimientos contemporáneos, desata muchos nudos, que es lo que hace diestramente Reissig; no todos, sin embargo. El análisis del pensamiento íntimo del maestro, de su fantasía, de su epicureismo, de su ternura, no se agota en ese examen de carácter predominantemente político. Por eso vuelve el crítico a la tarea en los últimos capítulos del libro, armado de nuevos instrumentos, los mismos que empleó en las conferencias inéditas antes citadas. En estos capítulos, cuyos títulos significativos copio: "La ruta florida", "El secreto de Eros", "Ver todo, saber todo, sentir to-

do", "La soledad en medio de la gloria" —el lector encontrará inteligentes conclusiones, que son respuestas a las acosadoras preguntas: provisionales algunas, definitas otras. Transcribo la que el crítico expresamente subraya, cerrando con ella el libro: "En la historia del France íntimo hay dos capítulos que nos lo muestran en toda la desnudez de sus sentimientos: uno que refleja su conocimiento de los hombres, se llama piedad; el otro, que refleja la soledad de su pensamiento, se llama desolación".

Este juicio, claro y verdadero, se me asocia en el espíritu con el que, recordado por Reissig, dió Einstein en 1921: "En France la inteligencia es escéptica, pero no el sentimiento". Por eso y sobre todo por eso tiene el maestro, a pesar de las rencorosas pasiones e intereses bastardos que hoy lo niegan, tantos fieles amigos.

Fruto de acendrada amistad es el presente libro, ilustrado por abundantes referencias biográficas y anecdóticas y una copiosa bibliografía, documentado honradamente con gran riqueza de citas del propio France, escogidas con oportunidad y acierto, si no siempre enteramente limpias en la traducción. El autor ha sabido responder en sus páginas a las exigencias de la crítica más severa —examen de la formación del espíritu en relación con la vida, historia del origen y elaboración de los libros, análisis del estilo—, sin renunciar un punto a la afectuosa devoción que guarda al maestro, cuya humanidad tan rica en contrastes y matices siente posiblemente muy cerca de la suya. A no haberse rendido en la Argentina otros homenajes a Anatole France con motivo de su reciente centenario, este estudio bastaría para pagar en la ocasión la deuda que con él

tenemos los hombres no embrutecidos por la superstición, el miedo y el odio.

ROBERTO F. GIUSTI.

* * *

RENATO TREVES: *Benedetto Croce, filósofo de la libertad*. Ed. Imán. Bs. Aires, 1944.

En la habitual pulcritud de las ediciones Imán nos ofrece el profesor Renato Treves con este título, que debe entenderse "cum grano salis", un análisis del pensamiento político de Croce.

La obra consta de cuatro capítulos. Los dos primeros, "La experiencia política" y "El nuevo liberalismo" estudian las reacciones de Croce ante las principales vicisitudes públicas en medio de las cuales ha vivido: la participación de Italia en la primera guerra mundial, la postguerra confusa y el fascismo. En el capítulo tercero, "La religión de la libertad", vincula el pensamiento político historiado en los dos primeros a su concepción filosófica general. El cuarto, "El socialismo liberal", es una especie de apéndice en que "se estudian las principales tendencias espirituales y políticas que se han manifestado entre los jóvenes intelectuales italianos en los últimos veinte años", antifascistas por de contado.

El interés y la importancia vitales del tema hallan un tratamiento condigno en los estudios de Treves. Nos muestra en una exposición que sigue todos los pliegues y matices del proceso, cómo Croce, espíritu reactivo a la actividad política, considerada en su "filosofía del espíritu" como económica y no ética, va cediendo, en su deseo de servir, a un acercamiento a lo político. El quebrantamiento de su actitud de aparente no ingerencia es efecto de la conmoción

moral que la misma magnitud de los hechos provocan en él. Su ingerencia tomó por lo común la forma adecuada a su naturaleza y medios; eran sus obras y los *intermezzi polemici*, certeramente disparados desde las troneras de su "Crítica" contra los sofismas y falsos dilemas políticos, para replantear el problema en sus verdaderos términos. Por lo profundo del influjo de Croce en el movimiento intelectual italiano, por la admirable entereza con que enfrentó al fascismo y a los pensadores que como Gentile pretendieron ofrecer al régimen totalitario un sustento racional "presentable", y por el rigor con que mantuvo su línea de pensamiento y de conducta hasta la caída de Mussolini, bien se merece el rico análisis de Treves.

El ideal de libertad de Croce es, desde luego, distinto de las formas racionalistas y utópicas del siglo XVIII. Croce distingue con neta separación el liberalismo como ideal ético-político del liberalismo económico, tan frecuentemente confundidos en la teoría y en la práctica, y pone de manifiesto en la *Historia de Europa* el poderoso imperio de aquel ideal aún en corrientes contrarias a él, que determina las formas liberales del catolicismo y del socialismo. La concepción liberal es capaz de imantar con fuerza religiosa la actividad política porque, dice Croce, "supera la teoría formal de la política y en cierto sentido la teoría formal de la ética y coincide con una concepción del mundo y de la realidad"; en ella "se refleja toda la filosofía y la religión de la Edad Moderna que se concentra en la idea de dialéctica, es decir del desarrollo que por medio de la diversidad y de la oposición de las fuerzas espirituales enri-

quece y ennoblece continuamente la vida y le confiere un significado único e integral". Tal concepción no puede hallarse en el positivismo ni en el naturalismo por el principio de necesidad causal que introducen, sino en el historicismo. Para el historicismo el hombre es el agente de la historia: su libertad se *apoya* en la necesidad, en las circunstancias que le están dadas, y a su vez es el creador de las nuevas circunstancias. La libertad pelagra siempre, pero nunca puede desaparecer porque es connatural al espíritu humano; y el liberalismo será siempre el ideal que oriente al hombre contra todos los absolutismos, laicos o clericales. Sigue Treves el pensamiento de Croce en cuanto concibe la historia como ejercicio de la libertad y analiza luego la actitud que corresponde al espíritu liberal frente a las religiones (respetarlas mientras respeten la libertad del hombre) y ante los partidos, porque no sólo el denominado liberal está imbuido de él, y aún puede haberlo perdido.

En el análisis de las concepciones jurídico-políticas de estos veinte últimos años, especialmente de los dos movimientos antifascistas "Revolución liberal" y "Justicia y libertad", expuestas por sus respectivos adalides y mártires Pedro Gobetti y Carlos Rosselli, Treves pone de manifiesto la "afinidad y puntos de contacto" con el pensamiento político de Croce, en confluencia con otros factores quizás más poderosos, como ser el de Mazzini y los prohombres del "Risorgimento".

En síntesis: un estudio acertado y oportuno del pensamiento político de Croce, y a través de él la etiología y el diagnóstico del fascismo.

GREGORIO HALPERÍN.

GUILLERMO DE TORRE: *La aventura y el orden*. Ed. Losada, Bs. As., 1943.

Verdadera galería de retratos es la presente obra de Guillermo de Torre. Figuras eximias de contemporáneos desfilan en ella; al lado de los más alejados, Walt Whitman, Herrera y Reissig, los que aún perduran en nosotros, Rainer María Rilke; y los otros, los que aunque idos no los sentimos tales y vivimos como si ellos también deambulasen por estas calles de Dios: Unamuno, García Lorca y el tan querido Antonio Machado.

Con especial amor se estudiaron estas últimas a quienes Guillermo de Torre agrupa bajo el nombre tan acertado de : Triptico del Sacrificio.

A todos ellos conoció el autor, a todos estimó y quiso, si bien, claro está, la convivencia cordial sólo pudo ser con el coetáneo, con quien se han transcurrido en el mismo cauce los días de la vida en flor. Bellos los días en la Residencia: "cifra del nuevo españolismo *institucionista*, con neta raigambre gineriana". Federico y Salvador Dalí en esos aposentos, abiertos "sobre un fondo de árboles, cuyas ramas arañan los cristales y se entreveran con la hiedra que trepa por los muros", sublimizaban el disparate, inventaban su teoría de los *putrefactos*, o proyectaban *ballets burlescos*.

Ese ser que sabemos muerto, se yergue ante nosotros, en estas páginas, con tanta vida, con tanta vida de carne y de respiro, que nuevamente nuestro ser se estremece ante su muerte como en el instante aquel, en que todo lo absurdo fué posible.

Y junto a García Lorca, la figura agónica de Unamuno o la señora de

Antonio Machado, que llevaba dentro de sí a España como la Hostia a Dios. Y por ello pudo morir sin desesperación en tierra ajena.

El primer ensayo, del cual recibe nombre el libro, da unidad a la obra. Ensayo valioso que incita a pensar, a discutir, a reafirmarse.

¿Cuál es la posición del artista frente a este dilema? La aventura y el orden, liberadas, desde luego, de todo el contenido político que estos últimos años dieron a tales palabras.

Quizás la que Gauguin encerraba en su frase: "En arte solamente hay revolucionarios y plagiarios". Aceptando como acertada esta frase de Gauguin, podríamos discrepar con Guillermo de Torre, cuando afirma que "si se recapita que el espíritu del Renacimiento, junto a su resplandor individual y su fuga dionisiaca, fué también, o ante todo, en lo literario y estético, una recaída histórica, una empresa de anticuarios y arqueólogos". "No se olvide, por otra parte, que el humanismo intelectual fué originariamente erudición y coleccionismo — y por ello académico", pues ¿cómo no recordar también que del seno de Italia, de una Italia fecundada por el Renacimiento, nació la Europa moderna?

R. D. H.

* * *

ALDOUS HUXLEY: *El joven Arquímedes* (cuentos): *La pajarita de papel*. Ed. Losada, Bs. As., 1943.

Aldous Huxley es una de las figuras representativas de la literatura inglesa contemporánea. Poseedor de una cultura integral analiza la sociedad moderna

en sus detalles más íntimos y sutiles. Sociedad intelectual del siglo XX, torbellino de ideas y sentimientos, creencias e ideales.

Allí está el Huxley novelista envuelto en los grandes problemas del mundo contemporáneo, atormentado como el mismo mundo que describe. Pero existe también el Huxley de las pequeñas cosas, el emotivo cuentista, autor de "El Joven Arquímedes". Con este nombre la editorial Losada nos hace conocer cuatro cuentos de tipo y espíritu bien diferentes, que han sido hábilmente traducidos por Leonor de Acevedo.

Por momentos estamos ante la meditación del filósofo, pero en esencia estamos ante el sentimiento puro. Pocas páginas del escritor inglés son de una ternura mayor: "Nos quedamos largo rato en silencio. Sentí llenarse de lágrimas al pensar en el pobre niño que yacía bajo tierra. Pensaba en aquellos graves y luminosos ojos y en la curva de su hermosa frente, en la caída de la boca melancólica, en la expresión radiante del rostro cuando aprendía algo nuevo o cuando oía la música que le gustaba. Y esa hermosa criatura había muerto; y el espíritu que habitaba esa forma, ese espíritu extraordinario, también había muerto antes de empezar a vivir".

"Los Claxton" es un cuento de sana y fresca ironía. Crítica de costumbres hecha con agudeza e inteligencia. Las debilidades de los pseudo-intelectuales, sus contradicciones, sus esfuerzos por sentir lo que no sienten, la moral equivoca de los Claxton y de miles de personas que viven, piensan y actúan como ellos; todo esto ha sido estudiado con un amplio sentido del humor.

"Cura de reposo" es un cuento sin-

gularmente triste y amargo; casi cruel en su realismo. Moira es la desdichada mujer cuyas reacciones analiza el escritor con una profundidad humana tan extraordinaria que la convierte en una heroína. La sencillez del análisis admirable; Moira es ingenua, casi tonta, pero tan verdadera, tan pequeña en su soledad.

"El monóculo", último de los cuentos mencionados lleva ya en sí el problema político. Es una crítica más compleja y atormentada que ya nos recuerda al novelista.

SANTIAGO LEOPOLDO KORN.

* * *

JOSÉ MÁRMOL: *Amalia*. Prólogo y notas de Adolfo Mitre. Edic. Estrada.

La Casa Estrada en su Colección de Clásicos Argentinos ha publicado la famosa novela de Mármol: "Amalia". La sola publicación de tal obra, en edición cuidada y elegante es ya un acierto, pero si añadimos a ello el prólogo exhaustivo y las notas de Adolfo Mitre bien se puede afirmar que tal publicación es, en nuestra época de confusión, de gran utilidad para que los jóvenes puedan orientarse hacia la verdadera interpretación de los hechos que la mala fe o la ignorancia a menudo tergiversan.

El autor de *Amalia* no es ya el joven desorbitado que quieren presentarnos sus detractores, antes sosegado, conservador, tanto que parecía "añorar el viejo régimen español" (pról. XII), que hubiera vivido ajeno a toda cuestión política de haber vivido "en una época tranquila, al amparo de la tolerancia, bajo el auspicio de la paz. No es por odio a la autocracia que combate el

seudo-federalismo de don Juan Manuel; es su sentido de la dignidad humana lo que muévalo a demostrar a su gobierno sanguinario y cerril" (pról. XIII). Terribles las iras del pacífico, este hombre vejado, encarcelado, se transformará "en el más inflamado cantor contra el despotismo" (XIII) y "los incorrectos versos de Mármol (tienen) cierta poesía bárbara y desgrefiada que los hace inolvidables y en cierto sentido imperecederos", dice Menéndez y Pelayo, el máximo crítico español, y por cierto nada jacobino.

Pero la obra que perdura y perdurará es, sin duda alguna "Amalia". Esta novela que en la época de su aparición, con ser de actualidad tenía ya proyecciones históricas, es decir fuera de las contingencias accidentales, y como tal la concibió su autor que "por una ficción calculada, supone que escribe su obra con algunas generaciones de por medio entre él y aquéllos"; ahora, que es en realidad histórica, vibra en nosotros con un acento de actualidad. Paradojas del misterioso existir, que intenta tornar en su inercia al cauce superado y que es menester el bregar de gigantes para que sea lo que debe ser: marcha hacia adelante, en pos del mañana que no puede ser retorno, ya que debe ser el cuajar de los ensueños de los hombres grandes, es decir, (y los dos términos son sinónimos) de aquellos generosos que creyeron en la dignidad y en la libertad humanas.

Dignos de elogio, pues, la edición y el prólogo y las notas. Cuántas falacias caen ante el dato cierto y seguro que la erudición de Adolfo Mitre pone a nuestro alcance, por ejemplo, cuando en la página 21 del texto nos dice: "Harto se ha maniobrado recientemente

con la supuesta "anglofilia" de los unitarios, intentando sus detractores desprender de la misma una tendencia antinacional... La verdad es que a ningún pueblo admiró tanto el tirano como al británico a cuya hospitalidad se acogió. La xenofobia, que suele ser artera pasión de los déspotas, quebrábase en él cuando trataba a súbditos de su graciosa Majestad. Estos tuvieron siempre bajo su régimen —aún en los días del bloqueo—, una situación de privilegio y muchos de ellos alcanzaron influencia sobre su espíritu orgulloso".

R. D. H.

* * *

W. SHAKESPEARE: *Las alegres comadres de Windsor* y *La comedia de las equivocaciones*. Colecc. Austral. Ed. Espasa-Calpe, Bs. As., 1944.

Ambas comedias nos son dadas en la conocida versión de Luis Astrana Marín que las precede con un breve prólogo, el cual da los datos suficientes para que el lector pueda advertir la importancia de las obras, ubicarlas en la producción del autor y de la época, además de noticias de fuentes, etc.

Juzgar las obras de Shakespeare en una nota bibliográfica presentaría ciertos ribetes ridículos. En la primera hallamos a Falstaff que ha entrado ya en el folklore occidental; la segunda la conocimos casualmente este año en una versión muy simpática del Teatro del Pueblo. Ambas constituyen una obra indispensable para la biblioteca del hombre culto.

R. D. H.

* * *

AZORÍN: *Blanco en azul*. Colección Austral. Ed. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1944.

El autor brinda este libro a Gabriel Miró, a quien llama "pintor maravilloso"; en efecto al leer "Blanco en azul" se piensa en Miró, aunque Azorín no llegue jamás a esa virilidad puesta en sordina de Miró; sin embargo al adentrarnos en las páginas de Azorín nos avienta en el rostro, a menudo, ese aire cálido que domina en las comarcas silenciosas y asoleadas de Miró. Silencio de sol; silencio de mar; silencio de casas blancas que luz y sombra parten en cruz.

Estos cuentos de Azorín son como todos los del autor: cuentos sin cuento. Facetas de vida sentidas en lirismo y expresadas por un poeta a quien natura privó de expresión formalmente poética. En todos ellos un solo estado de ánimo, que es por otra parte el que captamos en todas las obras de Azorín: el hombre frente al misterio, el hombre sumido en el silencio de las horas fugaces, entre las pequeñitas cosas que la melancolía embellece. Y al preguntarnos en que consiste el hechizo de Azorín, pues bien nos es dado hablar de tal, advertimos que en verdad no lo sabemos, a menos que no sea esto: el de naufragar en esas horas tensas, en su fugacidad silenciosa.

R. D. H.

* * *

ARTURO CERRETANI: *El Bruto*. Ed. it-Feria. Bs. As., 1944.

Una historia común de pueblo nos aleja de la vida urbana para palpar un momento con las emociones de un drama común, pero intenso.

Se podría dividir la obra en dos aspectos: uno exterior, que refleja particularidades locales y otro interior, que presenta modalidades, diría, universales.

Situándonos en el primero, tenemos la vida de una aldea: Pueblo Llano; y aún la localidad de este aspecto que resume las costumbres y modalidades externas de sus personajes, puede generalizarse y encerrar con el nombre de Pueblo Llano a muchos pueblos y a muchas aldeas. Pero la faz de mayor importancia la vamos a encontrar en aquel segundo aspecto que he llamado universal.

Entramos en la vida interna de los personajes principales y nos encontramos con problemas psicológicos comunes a los hombres de la ciudad y de la campaña y más aún, comunes a la persona de escasa ilustración y a la que posee esta ilustración en mayor grado, con la diferencia de que la primera, vive estos problemas con su angustia, pero su razón no los concreta; mientras que la segunda los siente y los percibe intelectualmente.

¿Cómo no comprender al ingenuo Zenón a quien su conciencia reprocha su alegría subconsciente por la desaparición misteriosa de su amigo, esposo de la mujer que él ama? ¿Y su tribulación al sentir que esta desaparición es la realización de su deseo...? ¿Y si Dios lo hubiera hecho para satisfacer su deseo... entonces, él era criminal? Pero, quien sabe, tal vez no hubiera muerto y entonces... se tranquiliza su conciencia, pero se contrista y exalta su ánimo antes alegre.

¿Quién no sabe de la lucha que se entabla en el espíritu cuando ante un mismo hecho concurren el pesar humano y la alegría animal?

Tal vez en un momento don Zenón tan real en sus complejos internos, se nos presente en sus hechos un poco fantástico y no podamos ya confundirnos con él.

Pero la lucha interior toma proporciones mayores en Justina, esposa de Bautista el misterioso desaparecido. Su problema no es aún un complejo psicológico donde luchan fuerzas encontradas, es tal vez más terrible: es una duda, que como tal tiene lo espectral y escurridizo del fantasma. No hay elementos reales para luchar contra las sombras. ¿Su esposo vive o está muerto? Siente que vive, y si vive, ¿dónde está? ¿Y por qué siente Justina que su esposo vive? ¿Es una intuición? ¿O es que acaso le falta el elemento material de la muerte? Ella no ha sentido la frialdad del cuerpo amado, capaz de congelar la más cara esperanza. Su esposo ha resbalado de su vida sin dejar las huellas de su desaparición. O, como ella misma nos lo expresa, ¿será la falta de los honores fúnebres que hacen el punto final al episodio de una vida?

De esta duda y de la noticia de anteriores infidelidades para con ella, surge el complejo en Justina. Luchan en ella dos legiones: en una hay un deseo de venganza aliado a una curiosidad aventurera y en la otra está su conciencia de mujer, junto con la idea de que su esposo está vivo. Esta lucha es vivida y percibida por Justina, lo que nos la presenta superior a las muchachas de aldea. Nos asombra un poco su cultura, un poco en contraste con la sensación de ingenuidad que nos deja por momentos.

Por fin se soluciona la duda con un simulacro de entierro, un poco pagano,

al decir del cura, pero que deja la impresión de muerte.

En el complejo de Justina se ha evaporado el elemento aliado de la conciencia. El está muerto. Y su conciencia queda sola frente al rencor y a las tentaciones. Vencen estas últimas y en la materialización de las mismas recoge Justina su vergüenza y su culpa. ¡Ah, en la mujer es diferentel, dice; y en las reflexiones surgidas a nuestra protagonista se deduce muy clara la diferencia entre la vida sentimental y sexual íntegra en la mujer y parcial o accidental en el hombre.

Así en un drama común de aldea, el lector puede vivir y sentir en la vida de los personajes su propia vida.

ROSA PASTALOSKY.

* * *

MARÍA JOSÉ DUPRÉ: *Eramos seis*. Edit. Americalee. Bs. As., 1944.

Aunque llegado el libro a último momento, es necesario que esta nota salga, a costa de sacrificar otras anteriores. Es que la obra es de aquellas que se leen de un tirón, que no es posible despegarse de ella y que debe ser comentada inmediatamente después de concluida la lectura, sintiendo vibrar en el alma la emoción de la misma.

Pues esta obra es extraordinariamente buena. Y que sea una mujer quien la ha escrito, y que sea en todo novela de mujer, nos alegra sobremedida, ¡son tan pocas las novelas de mujer viables! Pensamos, naturalmente en las americanas.

¿Qué decir de ella? ¿Qué contar de ella? Es la historia de una familia, más, es la historia de una mujer, y para pre-

cisar más, es la historia de la mujer.

Alguien ha dicho que la mujer es la verdadera adulta, si el serlo indica el sentir la responsabilidad hasta los tuétanos, el no doblegarse ante las adversidades, el cumplir con la misión impuesta, el no verse arrastrada por los instintos, ni desviados por las pasiones, aquí en esta obra está, en verdad, el ser adulto, en este retrato de mujer cuyo campo de lucha es el hogar, cuyos enemigos son a menudo los seres nacidos de ella, o los llamados a defenderla.

Es un marco bien mezquino el que rodea a esta mujer, pero entendámonos bien, no está ella como pez fuera del agua en él, ni se nos presenta como ser de otro mundo arrojado a él; mujer común es ella, mujeres como vemos a diario y como, nos enteramos ahora, debe de haber muchas por esas calles de Dios.

Mezquino es el marco, y ella desgredada, ajada y encanecida, sin embargo vibra en la obra la epicidad de lo grande, y doña Lola, la que se preocupa por el precio de un par de medias, se nos presenta con la aureola del mártir y del héroe.

Y entonces advertimos que esta obra que parece escrita a la buena de Dios, ha sido estructurada y meditada como pocas, sino ¿cómo no ser absorbida la autora por estos pequeños detalles y convertir lo épico en crónica de hechos menudos? ¡Y qué profundamnete estudiados los caracteres!: el del padre, discolo, rebelde, instintivo se perpetúa en la hija Isabel y en Alfredo, mientras el plácido de Clotilde, la tía, lo hallamos reflejado en el hijo cariñoso y honrado: Carlos...

...y luego Isabel, de vuelta de su

accidentado vuelo nupcial, allí está con sus hijos, con su marido, luchando, trabajando, repitiendo la historia y la vida de su madre... y así será para siempre. Por ello dijimos no ya historia de

una mujer, sino de la mujer, de la mujer atada a su cruz sobre la que esparce, a manos llenas, la santidad de su obra y de su amor.

R. D. H.



Insula

*publicará en el número
próximo colaboraciones de*

Benvenuto Terracini

Roberto F. Giusti

Máximo José Kahn

Angel Rosenblat

Delia Etcheverry

Mario Binetti

Rosa Castillo de Moreno



INSVLA